

DON QUIJOTE
CON FALDAS;
ó
PERJUICIOS MORALES
DE LAS DISPARATADAS NOVELAS;
ESCRITO EN INGLÉS,

SIN NOMBRE DE AUTOR;

Y EN CASTELLANO

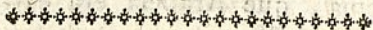
*POR DON BERNARDO MARÍA DE CALZADA,
TENIENTE CORONEL DE LOS REALES
EXERCITOS, É INDIVIDUO DE VARIOS
CUERPOS LITERARIOS.*

TOMO TERCERO.

CON PERMISO.

POR FUENTENEbro Y COMPAÑÍA.
1808.

DON QUIJOTE
CON VALEAS
DE LAS EMBAJADAS
ESCRITO EN INGLIS
EL SEÑOR DE AUSTRIA
Y CASTILLA
TOMO TERCERO
CON PERMISO
POR TUBINGEN Y GERMANIA
1808



DON QUIJOTE CON FALDAS,

ó

ARABELA.

CAPÍTULO PRIMERO.

*Justifica la heroína sus conocimientos
con exemplos celeberrimos.*

Silven y Tíncel oyeron con atención el discurso de Arabela, despidiéronse, y se fueron juntos, con opiniones muy diferentes sobre su talento y carácter. Tíncel

sostenia , que Arabela era extravagante; y Sílvén, que era de grande ingenio , y versadísima en la historia antigua : lo probaba con las sabias advertencias que se la escapan á cada momento ; con la fidelidad de su memoria ; y con la prodigiosa multitud de hechos de que la tenia provista. „Ha leído infinito , decia , y con discernimiento ; es una señorita amabilísima ; y no me acuerdo de haber visto una muger tan instruida. — Pues yo , repuso Tíncel , tengo por muy superior á su prima , dexando aparte la hermosura ; su conversacion es natural , agradable , ligera ; gusta de los placeres recibidos en el mundo ; y muestra una alegría , que vale á mis ojos mil veces mas que la erudicion y el pedantismo.” Ambos retratos se pintaron con igual calor por ambas

partes; ambos pintores sostuvieron el mérito de sus heroínas; mezclóse en ello alguna acritud; y faltó poco para que la disputa no originase un lance serio. Al día siguiente se renovaron las visitas en el cuarto del Baron, donde no encontraron mas que á Carlota, porque Arabela pasaba regularmente las mañanas en su habitacion, ocupada hasta la hora de comer. Tíncel tuvo una larguísima conversacion con Carlota, y no la ocultó la disputa del día anterior acerca de su persona, y aun se la pintó como capaz de tener consecuencias sensibles; y dixo, además, algunas baladronadas, y luego propuso á Carlota salir á dar un paseo; á lo que se convino, y pasó al cuarto de su prima, para determinarla á que saliera á hacer ejercicio. Arabela no se prestó á

ello , dando por razon , que estaba leyendo la historia de la princesa Melecinta , y que no podia dexarla en la desastrada situacion en que se hallaba : «Acaba , dixo , de pegar fuego al palacio de un Rey , que queria casarse con ella á toda fuerza , y me tiene inquietisima el saber cómo ha de salir de tan peligroso y formidable apuro. — Te aconsejo , prima mia , que dexes que se queme la princesa Melecinta , y que te vengas á pasear. — Arabela cerró el libro , miró con lástima á Carlota , y la dixo : ¿Sabes que esta princesa es de casta real por una larga série de Reyes ? ¿qué digo ! descende de los héroes mas famosos ; mereció la admiracion del universo por su belleza , sufrimiento , valor y virtud ; llevó cadenas pesadísimas con maravillosa constancia ; pren-

dó al vencedor de su padre, cuya prisionera se encontraba; rehusó la diadema que la ofrecia; y, finalmente, se resolvió á morir: no puedo decirte lo demas de su historia, porque no he acabado de leerla; pero, si quieres oirme, la concluiré, porque no dudo que hallarás en su conducta nuevos motivos de admiracion. — Ya me has dicho bastante, prima mia, y aun hubieras podido acortar tu narracion, porque perdemos tiempo; dexa el libro, y vamos.... Pero ahora, que me acuerdo, sábette que has hecho otra conquista; y el conquistado te aguarda, y morirá de pesar, si no vienes. — ¡Otra conquista! — Dígote que sí, y es el docto Sílvén, que ha estado para reñir en desafio con Tíncel por causa tuya.” — Sorprendióse Arabela, baxó los ojos, y

se mostró muy conmovida ; y después de un largo silencio (que Carlota empleó en arreglarse el pelo) dixo con mucha seriedad: „Si otra que tú me diera esta noticia , explicaria diferentemente lo que pienso ; pero no puedo menos de decirte , que siento esta ofensa , y que no veo con gusto la parte que en ello tienes. — ¡Ay! ¡Ay! replicó Carlota , mudándose de un espejo á otro : ¡Yo te ofendo ! ¡Yo!... Hazme el gusto de decir cómo , ó de qué manera. — Me parece que has querido divertirte á costa de mi sensibilidad, porque , á no ser así , no hubieras revelado lo que pide sepultarse en el silencio. — ¿Y á qué viene esa sensibilidad , y esa culpa que me atribuyes?... ¿Es porque te he dicho que Silven te ama ? ¡Terrible motivo de afliccion ! Te asegu-

ro, que si tuviera yo mil amantes como él, no me ocuparían un cuarto de hora: dexa, pues, á éste que gima, y que se arañe, y vámonos al salon de las bombas... Vamos, vamos. — Tu ligereza me hace reir, aunque no tengo gana. — ¡Quita allá, prima! ¡No te pongas ese maldito velo! — ¿Quieres que me vea ese hombre, que se atreve á amarme? — Él no tiene sospecha alguna de que se sepa su secreto. — En tal caso no está tan culpado como yo lo suponía: prométeme que no me dexarás sola.... — Nada temas de él, porque es el hombre mas fastidioso que ha nacido: un año entero ha cortejado á una amiga mia, y no ha tenido valor para decirla que era bonita. — Alabo su prudencia, porque un amante no se debe declarar hasta que las circunstancias se

lo permitan. El príncipe de los Masagetas... — Considera , prima mía , que la hora se pasa , y que el príncipe de los Masagetas no vale tanto como media hora de paseo.... Vamos , pues.”

— Lucía traxo un sombrerillo , y fueron ajuntarse con los demas de la concurrencia ; Glanville salió al encuentro de Arabela , y quedó satisfechísimo de verla vestida como las demas mugeres.

CAPÍTULO II.

Una equivocación da lugar á otras muchas.

Aguardaba Sílvén á nuestra heroína con impaciencia : la saludó con mas familiaridad que el dia antes ; pero ella le correspondió con tanta frialdad , que lo dexó

confusísimo. Tíncel , testigo de aquel recibimiento , se acercó con fingida timidez. Arabela lo miró sonriéndose , se disculpó con él de haberlo hecho esperar , y aceptó su brazo. El pisaverde , engreido con aquella preferencia tan señalada , infirió de los ojos de Arabela , que no lo miraba con indiferencia , y procuró pasar con ella por un grande ingenio , hablando mal de todos , y multiplicando los cumplimientos. Carlota , molestanda de la conversacion seria de Silven , oía con desagrado lo que se hacia por su prima ; y así , proyectó mudar el orden de aquel acompañamiento , que no iba con el arreglo conveniente. Para lograrlo , habló á Silven del recibimiento de Arabela , y le preguntó , ¿ cómo la habia ofendido ? « Si he tenido tal desgracia , res-

pondió , ha sido involuntariamente : nada hice , ni dixé que pudiera... — Cierto es que es algo caprichosa , y acaso se la habrá puesto en la cabeza armaros alguna querella ; pero yo , que la conozco bastante , os digo , que vuestra indiferencia la incomodará mucho... Si quereis agradarla , pedidla perdon , como si verdaderamente la hubierais ofendido ; y os aseguro que esa sumision causará el mejor efecto. — Si tuviera yo la menor cosa que reprocharme , iria inmediatamente á ponerme á sus pies ; pero comprendo que es cosa ridicula confesar una culpa que no se ha cometido. — Me he tomado la licencia de deciros mi parecer ; pero sois dueño de hacer lo que quisieréis ; bien entendido , que no cabe duda en que habeis faltado á mi prima. —

Siendo así, señora, pediré el perdón que me aconsejais; mas os juro que no sé.... — Id á buscarla, que yo, para proporcionaros mas libertad, llamaré á Tíncel. „Sílvén se presentó á Arabela, y, al mismo tiempo, Carlota trabó conversacion con Tíncel, y apresuró el paso para desviarlo de su prima. Sílvén, que era tímido con las damas, probó muchas veces á hablar, y no pudo decir mas que dos ó tres monosílabos, como *si... yo.... pero....* — Arabela, por su parte, estaba incomodada; se cubria la cara con el abanico; y hacia como que se paseaba sola. Duró harto tiempo el silencio. En fin, Sílvén, temeroso de no hallar otra ocasion en que justificarse, llamó en su auxilio á todo su valor, y, con trémula voz, la dixo: „Me dais, señora, unas prue-

bas tan señaladas de vuestro desprecio, que no me atrevo á suplicaros me concedais un instante de.... — Caballero, antes de que paseis mas adelante os aseguro, que lo que vais á decirme me ofenderá mucho: si sois indiscreto, me precisaréis á trataros con el desprecio que temeis. — Ya que me prohibais el hablar, espero siquiera que me digais... Mucho presumis, señor, si creéis que tendré la còmplacencia de decir algo sobre lo que no quiero oir... la única satisfaccion que puedo daros es haceros saber que no ignoro vuestro crimen.” Silven, que no podia atinar con el motivo de aquel reproche, lo atribuyó á la disputa que habia tenido con Tincel, referida en perjuicio suyo. “Descubro, señora, dixo, que han alterado la verdad al contaros una

cosa que no deberiais saber: véome, pues, necesitado á deciros, que Tíncel es quien no os hizo justicia, y quien merece vuestro resentimiento. — Si Tíncel tiene tanta culpa como vos, milita en favor suyo el haber sido mas discreto.” — El pobre Silven, mas confundido que antes estaba, iba á pedir la explicacion de aquel enigma, quando reparó en dos ojos imperiosos que le mandaban callar. Llegaron á la sazón Carlota y Tíncel. Arabela se quejó á su prima, de que no la hubiese cumplido su palabra. Tíncel creyó que su ausencia habia producido la turbacion que notaba, y atropelló cumplimientos, que fueron recibidos con suma indiferencia. “Veo, señora, la dixo con ironía, que Silven os ha pegado algo de su gravedad. — Me ha hablado de vos.” — ¡De mí,

señora!; De mí! Perezca yo á vuestros ojos , si hay una palabra de verdad en quanto os ha dicho. — Empezais negando: eso es de diestro. — Sostendré , señora , hasta derramar la última gota de mi sangre , que él me obligó á hablar : si conocieseis mi modo de pensar, vos.... — Tomais muy á pechos vuestra justificacion ; no os creo culpado ; pero os aconsejo , que no llegueis á serlo , porque sé castigar á los presuntuosos.» Pronunciadas magestuosamente estas frases , mostró Arabela deseos de volverse á casa : Carlota , fastidiada del paseo , se convino á ello , y dieron la vuelta , acompañadas silenciosamente de los dos amigos.

CAPÍTULO III.

Acacimienta penosa, de que Arabella se consuela con exemplos que le suministran sus novelas heroicas.

Luego que llegaron á casa ambas primas, la una se fue á su quarto para meditar en lo sucedido; y la otra á sentarse á su tocador hasta la hora de comer.

Los dos amigos, mutuamente disgustados, entraron en un café, deseosos de explicarse. «Os agradezco mucho, dixo Tíncel, con ademan presumido, lo que os esforzais á ponerme mal con las damas: carga pesada es un merito que produce envidiosos.— ¡Envidiosos! Admiro el arte con que os haceis valer á costa de los de-

mas ; pero no envidio semejante talento : me habeis astutamente cargado con las expresiones que proferisteis contra aquella dama... — Vos revelasteis, por obsequiar, la preferencia que dí á su prima... ¿ Quál era vuestro objeto ? el de mortificarla sin duda , pues ella lo ha sentido : dificilmente , amigo, podré perdonaros esa mala accion. — No solicito vuestro perdon; y lo cierto es que la habeis preocupado contra mí de tal manera, que no me ha sido posible justificarme. — ¿ Con que no ha querido escucharos ? ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! Muy bien lo ha hecho. ¡ Bueno ! La doy muchísimas gracias... A fé mia , que no me ha costado mucho ganar el corazon de esa criatura preciosa : algo enojadilla está , y debe estarlo ; pero la desenojaré con un billete , que es medio que

siempre me ha probado bien.—Oídme , Tíncel : cuidado con que no os divirtais á expensas mías , porque haré de modo que os arrepintais : me justificaré ; pero os advierto que será diciendo la verdad. «Esta amenaza paró un poco á Tíncel ; pero éste ocultó lo que pensaba volviendo de nuevo á reirse. Silven sin mas réplica , se fué á escribir á Arabela ; y el otro , no queriendo que se le anticipasen , pidió tambien recado de escribir : ambos billetes llegaron á un mismo tiempo , llevados por sus respectivos mensajeros , quienes presentaron á Lucía sus despachos : esta moza se negó á admitirlos , diciendo , que ella no recibia cartas como aquellas. ¡Cómo éstas ! replicó el criado de Silven : ¿sabéis lo que contienen ? — Pues ya se ve que lo sé : son cartas de

amor, y tengo orden de no recibir las. — Podeis tomar la mia, continuó el mismo criado; porque me ha dicho mi amo que encerraba una cosa importante, que era menester que vuestra ama supiese. Tomóla Lucía entonces. . . Pues tomad tambien esta mia, dixo el otro criado, porque tampoco es carta de amor, sino un billete amatorio. — ¿Estais cierto de eso? replicó Lucía. — Sí, sí, certísimo, porque mi amo no escribe otros. — Vengan, pues, pues los dos. . . Pero ¿cómo llamais á éste, porque ya no me acuerdo? — Un billete amatorio. Lucía, así como iba andando, iba repitiendo estas palabras, hasta que se encontró en el quarto de su señora, con una carta en cada mano. Al verlas Arabela, la preguntó con sequedad ¿por qué se habia encargado de

tales cartas? La pobre muchacha turbada olvidó quanto habia estudiado; y, para acordarse, prestó poca atención á la pregunta de su ama. Está, ofendida de su silencio, la riñó con acritud.— «Ama mia, os aseguro que no son cartas de amor, pues me he asegurado bien de ello antes de tomarlas; la una es carta de una cosa muy importante; y la otra es un... ¡Ay, Dios mio! ya no me acuerdo de su nombre; es un... En fin, no hay amor en el como se llama.— Cada dia te encuentro mas simpóna, dixo Arabela sonriéndose: no se me escriben cartas que no sean de amor: devuelvelas... Pero no, aguarda: ¿dices que contiene una cosa muy importante? Acaso será aviso de algun proyecto de robo: dame ésta; y en quanto á la otra, yo... Y es posible

que venga de partes varias el aviso... «En aquel instante entró Carlota ; y Arabela , poseida de sus ideas quimericas , la dió parte de sus sospechas.» Extrañas nociones tienes , prima mia , y siempre pecan por la probabilidad. ¿ Quién ha de formar ahora el proyecto de robarte? — Los dos caballeros con quienes nos hemos paseado. — Respondo de Tíncel , dixo malignamente Carlota. — Sabe , pues , que Sílvén se atrevió á empezar una declaracion de amor ; que lo reprimi severamente ; y que , creyéndome mas inclinada á Tíncel que á él , me reveló , impulsado ciegamente de sus zelos... — Que Tíncel te amaba ; pero no , no lo creas. — Verdad es que no me lo dixo positivamente ; pero me aseguró que su amigo era el culpado de la ofensa que sospechaba yo

de él. « Carlota, que conoció de donde la equivocacion venía, tuvo mucho que vencerse para no reirse; mas la curiosidad de ver lo que contenian las cartas la movió á rogar á su prima que las abriera. Hízolo Arabela con la una, miró la firma, y la arrojó con desden sobre la mesa. » ¡ Ah, cielos! exclamó: ¡ De Sílvén es! ¡ Qué bien hice en no leerla! — Una vez que la abristes, ya pasas por haberla leído, y, si lo haces, sabrás su contexto; pero, por miramiento á tu delicadeza, la leeré. Estaba la carta concebida en los términos que siguen:

SEÑORA,

Ignoro lo que os hayan podido decir de mí, y, de consiguiente, la ofensa que ha merecido la indignacion

que me mostrasteis esta mañana : puedo aseguraros que quanto he pensado de vos procede de mi admiracion y respeto : sospecho que Tíncel me ha perjudicado con falsas imputaciones; y pide la necesidad en que estoy de justificarme que os descubra sus faltas: él es , señora , quien ha dicho lo que tan justamente os ha irritado ; y os protesto que el origen de nuestra disputa es el no haber sido yo de su opinion : fuera injusto (vos misma lo conoceis) que vuestro resentimiento cayese sobre la inocencia. Me honro de ser , señora , con respetuosa estimacion , vuestro servidor mas obsequioso

Sílvén.

«Prima mia , dixo Carlota, aquí hay alguna equivocacion: acusas á Sílvén de haber tenido la temeridad de amarte ; y me parece

que se justifica de este delito ; de manera que has de convenir en que lo condenastes con sobrada precipitacion. — Convendria en ello , si pudiera persuadirme á que su carta es sincera. — Si verdaderamente te amára , no veo porque habia de sostener lo contrario , sin caer en una contradiccion ridícula. — Pero no tanto como te lo imaginas , porque de esa estratagema se valió Seraménés , quando , enamorado de Cleobuniza , princesa de Corinto , negó su amor porque no lo desterráran ; de todo lo que infiero que la pasion de Sílvén es , por lo mismo , mas vehemente de lo que pensamos. — Mucho es menester que lo sea , porque la niega muy positivamente. . . . Pero abramos esta otra carta , que presumo ser de Tíncel. — Lo mismo que tú presumo , y adivino lo que contiene : no

la abras por Dios, ó permiteme que me retire.— No te retirarás, y oirás leer la carta.... Escucha con resignacion, porque ya sabes que soy entera en mis resoluciones.” Abrió Carlota la carta, y leyó lo que se sigue:

SEÑORA,

Esta mañana logré la honra de aseguraros que las proposiciones de que Silven se ha valido para robarme el inestimable tesoro de estar inscripto entre los que aspiran á vuestro aprecio, son totalmente de su invencion. ¡No vuelvan á caer sobre mí los lúcientes rayos de vuestros bellos ojos, si jamás cupo en mí ni aun el mas leve pensamiento que pudiera hacerme indigno de vuestra benevolencia! Concededme la gracia de acompañaros esta tarde en el paseo, donde aguar-

do convenceros de que no estoy culpado del delito que me atribuyen ; y de que no hay quien os respete tanto como vuestro humildísimo servidor:

Tíncel.

«Me alegro, prima, dixo Carlota siguiendo la ironía, de que no tengas motivo para desterrar al pobre Tíncel : ya ves que tampoco te ama ; ó, á lo menos, lo dice claritamente.» Arabela, leida la segunda carta, no pudo disimular su confusion. «No es posible que nadie se halle mas comprometida que yo lo estoy : mi posicion es cabalmente la misma que la de la princesa Serénes, cuyos.» Entró Lucía en aquel momento á decir que estaba la comida en la mesa. En otro rato te contaré las aventuras de esta célebre dama, y verás que tienen mucha re-

lacion con las mias. Apenas se levantaron de la mesa, quando entró Sílvén. Arabela mostró tanta inquietud, que él se dió por no justificado todavía. «Muy desventurado seré, señora, la dixo saludándola profundamente, si la carta que he tenido la honra de escribiros esta mañana no...—Vais, señor, á olvidar su contenido, y, acaso, á hacerme nueva declaracion.— ¡Yo, señora! Yo.. yo... yo.. os juro... que os venero ciertamente mucho... pero yo... nunca he pretendido que... que...—Vuestras pretensiones se han entendido á mucho; y olvidaria yo lo que debo á mi gloria, si os proporcionase ocasion de ofenderme mas.... Os prohibo volver á comparecer en mi presencia, hasta que yo esté bien convencida de que el arrepentimiento ha desvanecido

vuestras intenciones. „Proferido este mandato, le hizo seña de que se fuera; y ella se retiró contentísima de haber procedido ajustada á las reglas del heroísmo. En aquel instante entró Tíncel, quien, habiendo alcanzado á ver á Arabela, se aventuró á entrar en su antecámara. Allí encontró á Lucía, que, despues de haberlo mirado de hito en hito, le preguntó, muy entonada, ¿qué queria? “Hija mia, la respondió, dí á tu hermosa señora que estoy aquí, y que la ruego me conceda algunos instantes de conversacion. — No os puedo servir hasta que me jureis que no sois un amante. — ¡Voto á tantos, que eres singularísima! ¿Quién te ha dicho que soy amante de tu ama?... Pero, quando lo fuera, ¿qué tenemos?... — ¡Oh! entonces os aconsejaría yo que hi-

cieseis al instante vuestro testamento. — Creo que tambien has leído algunos romances viejos : anda , muchacha , y ten entendido que tu ama se compadeceria de mí... Dime (pues sin duda eres su confidenta) ¿ te ha hablado mucho de mí ? ¿ Te ha... « Llamó Arabela con la campanilla , y el pisaverde metió media guinea en la mano de Lucía , que corrió , temblando , á dar el recado á su señora. » ¡ Imprudente ! exclamó ésta : ¡ Con que no conoces las consecuencias de lo que acabas de hacer !... ¡ Ese por quien te empleas es un hombre , que me ha ofendido mortalmente ! Pasmada del susto Lucía , dixo que ella no se empleaba por nadie , y que habia tenido la precaucion de preguntar al caballero ¿ si era algun amante ? — Obraste , pues , con prudencia ; lo

confieso ; pero hay casos en que no se dice la verdad. — No, mi señora no miente ; y si quereis cercioraros , ahí está en la antecámara. — ¿ Lo has acompañado hasta allí? ; Ay, cielos! ; He aquí una aventura como la de Estatira! Eres una verdadera Barsina. La pobre Lucía , casi sollozando , dixo , que ella no era una Barsina , y que nadie del mundo la habia tratado de aquel modo. — No , Lucía , dixo Arabela sonriéndose , no eres Barsina , sino la criatura mas simple que ha nacido : En fin , ¿ qué quiere ese amante? — Me ha encargado que os pida de su parte un rato de conversacion. — Ya entiendo : me ruega humildemente que le conceda algunos momentos de audiencia. — Os he repetido, señora , puntualmente lo mismo que me dixo. — Dígote que te engañas,

porque no se pide un favor de esa naturaleza en términos tan familiares... Vé, y dile que le concedo la audiencia, con tres condiciones: primera, que no abusará de mi complacencia; segunda, que se obligará á obedecer las órdenes que yo le diere; y tercera, que su desesperacion no le inducirá á intentar violencia alguna contra sí mismo. Corrió al instante Lucia á llevar su recado, temerosa de olvidarlo." Y pues, embaxadorcilla, la preguntó Tíncel: ¿consiente tu ama en recibirme? — No, señor. — ¡No! cosa bien extraña, despues de hacerme aguardar tanto tiempo. — No me turbeis por Dios, caballero, porque olvidaré lo que... — Perdona, hija mia. — Pues, señor, continuó la Emisaria, (y esto remedando la seriedad magestuosa de Arabela) mi

la) ; mi ama me manda que os diga , que no quiere concederos.... no es eso.... que os concede la audiencia baxo las condiciones.... — ¡Qué me concede una audiencia! ¿Pues por qué has dicho que no me queria ver? — Me habeis turbado de manera , que ya no me acuerdo de lo que se sigue.... aguardad.... baxo las condiciones que.... — No te dé cuidado , que tu ama misma me dirá lo demas.” Lucía , que estaba imbuida de las mismas ideas que Arabela , viéndole ir apresuradamente al quarto de su ama , dió un grandísimo chillido , y dixo , poniéndose delante de la puerta : ¡Ay, Dios mio! ¡Caballero , no robeis á mi amada señora! Arabela oyó la exclamacion , pidió auxilio , y cayó desmayada ; llegaron varias de sus mugeres ; vieron á su ama

sin movimiento junto á Tíncel ; é infirieron que habia sucedido alguna cosa extraordinaria. ¿Qué haceis aquí , Caballero ? le preguntaron todas á una. — „El demonio me lleve , respondió Tíncel , todo pasmado , si entiendo una palabra de lo que esto significa.” Entretanto llegaron , agitadísimos y cuidadosos , el Baron , Glanville , y su hermana : Arabela no abria los ojos , aunque se empleaban todos los medios convenientes para volverla en sí : Glanville se afanaba en socorrerla , mientras el Baron y Carlota hacian preguntas á Tíncel , quien , con los ojos clavados en tierra , procuraba adivinar aquel enigma. Comenzó Arabela á dar señales de vida ; pero , creyéndose aun en brazos de su raptor , exclamó con voz intermitente y delicada : „¡Hombre injusto , no pien-

ses conseguir nada con tu violencia , porque mi ódio es la recompensa de tu perfidia ! — Sobrina mia , da una ojeada al rededor , y verás que quantos te circundan son tus amigos. Arabela levantó la cabeza , y preguntó , volviéndola hácia todos lados ; ¿ no me engañan mis sentidos ? ¿ Estoy fuera del poder de mi perseguidor ? ¿ A quién debo este beneficio ? .. ¿ mas á quien sino á Glanville ? ... ¿ Dónde está ? Quiero expresarle mi agradecimiento .” Glanville , que se habia apartado de vergüenza , se arrimó á ella , la dixo al oido , que estaba segura , y la suplicó que no hablase mas de lo acaecido .

Ahora bien , sobrina mia , dixo el Baron , ya que estás bien restablecida , cuéntanos la causa de tu susto . — ¡ Tal pregunta me haceis ! Yo soy quien debo pregun-

taros ¿por qué casualidad me hallo en mi cuarto? — Por ninguna, pues no has salido de él desde que volvistes del paseo, y entrastes en él, según presumo, por tu santa voluntad. — ¡Ah! Ya veo que ignorais lo que me ha sucedido... Un violento robador... mas ¡ay, cielos!... ¡Hele allí! — ¿Qué significa esto? preguntó el Barón á Tinsel, asiéndole por el collarín. — ¡Confúndame el cielo, respondió éste, si jamás me he encontrado en una situación como esta! nada he hecho, ni dicho á vuestra sobrina; y no tengo culpa del trastorno de su cabeza.” Convencido Glanville de que iban á renovarse las extravagancias, y temiendo, por otra parte, mas amplias explicaciones, rogó á todos que dexasen descansar á su prima. Arabela, que lo vió salir con Tinsel, supuso que

iban á reñir , y los llamó para que se explicaran en presencia suya. Glanville cerró la puerta sin escucharla , y pidió al petrimetre que lo siguiera. »Señor , no nos vayamos , porque , si nos oponemos , se pondrá furiosa. — ¡Furiosa , decís !... Es expresion muy mal sonante.» Como no viese Arabela volver á sus amantes , corrió á la puerta á interponer su autoridad. — Vais (ya lo veo) á objetarme los exemplos de Artamenes , y de Orontes ; pero considerad que el Rey de Asiria.... — Por el amor de Dios , prima mia , que dexeis ese language : ¡oxalá que el diablo se llevara á vuestros Artamenes y Orontes!» Arabela no habia visto hasta entonces encolerizado á Glanville , y se retiró. Entre tanto el Baron , (instruido por Lucía de que Tíncel habia llegado solo á la an-

tecámara de Arabela , y dado una media guinea para lograr ser admitido á su vista), se acercó al señorito , lo miró con enojo , y le prohibió secamente poner mas los pies en la casa. »Creeis , Baron, mortificarme con esa prohibicion; pero os engañais : vuestra sobrina tiene la imaginacion tan acalorada , que es menester huir de ella: piensa que todo el mundo quiere robarla.... ¡Ahí es un grano de anís! ¡Es asunto muy serio el de un rapto! — Caballero, dixo Glanville , hay una equivocacion en la escena que habeis presenciado por desgracia , y espero que no la gloriaréis. — ¡Oh , señor ! repuso Tíncel irónicamente ; os empeño mi palabra de honor que hablaré de vuestra prima con muchísimo respeto : es una dama apreciableísima, amable , digna de los mayores ob-

sequios , juiciosa , y de gran talento. — Una palabrita no mas, Caballero, interrumpió Glanville: basta de bufonadas , si os parece.... Sé , que estais muy satisfecho del mérito de vuestra persona ; pero , si volveis á hablar-me en ese estilo , os precisaré á que lleveis una gran peluca para taparos las orejas , que os echaré abaxo á cuchilladas : ¿ me entendéis , amigo ? — ¡ Oh ! muy bien.” Así que se fué Tincel , pasó Glanville á ver á su prima para ver de aquietarla la imaginacion. » ¿ Con que habeis , le dixo Arabela , despedido á vuestro competidor ? ¡ Es una generosidad que me complace mucho ! ” Artamenes se comportó como vos en iguales circunstancias. » Avergonzado Glanville de verla insistente en sus absurdos , callaba , sin atreverse á mirarla. “ Que-

reis , continuó ella , ahorrarme las gracias que debo daros : es un proceder noble ; pero no evitareis la gloria que se os debe , porque ésta es tan necesariamente efecto de la virtud , como la luz lo es del sol : una accion virtuosa , hecha sin testigos , nada pierde de su mérito , antes bien brilla , por lo mismo , con mas vivo resplandor. — Muy bien dicho , sobrina mia. — Pienso , que si algo puede disminuir el precio de una buena accion , es el deseo de hacerla pública : se pierde la honra de obrar bien por el ansia de que se sepa , ó , quando menos , se hace sospechar que la ostentacion ha contribuido mucho á la buena obra : no puede llamarse generosa la accion que lleva el sello de algun interés. Hay gentes que trafican en virtud y en gloria , esto es , que dan tanto de

la una por tanto de la otra, y que, como los negociantes, calculan la ventaja del cambio." Enamorado Glanville del entendimiento de Arabela, olvidó que sus razonamientos eran resultado de su extravagancia, y la dixo cosas muy lisongeras. Arabela se corrió, y, para que no continuára su elógio, mostró deseo de quedarse sola.

Todos se fueron, y dexaron el puesto á Lucía, á quien Arabela pidio la narracion menuda de todo lo pasado desde el instante de su desmayo, hasta el en que se encontró rodeada de su familia.

CAPÍTULO IV.

Diálogo entre Arabela y Lucia.

„**T**odo lo que puedo decir, señora, es que nos asustamos mucho quando os desmayasteis; que hicimos quanto pudimos para que volviesséis; y que, en fin, volvisteis. — No es eso lo que te pido; sino que me digas lo que me sucedió mientras estuve desmayada, pues sin duda que acaecieron infinitas cosas extraordinarias. — Os aseguro, señora, que ya os he dicho fielmente quanto sucedió. — Pero no me has hablado del desafio de Glanville con su competidor, ni de los medios de que se valió para restituirme á mi quarto. — Vuelvo á aseguraros que

no habeis salido de él, y que no ha habido desafio. — Te han, pues, prohibido que me lo cuentes. . . . y tú conoces que no debo ignorar esta parte importante de mi vida. — Os he dicho la verdad, y no puedo. . . — ¡No puedes! — Yo, señora, no sé cómo se forjan historias, pues si supiese, al instante haria una, porque así lo quereis; pero en quanto os ha sucedido no hay el menor motivo de. . . — ¡No hay el menor motivo. . . . ¿Así mirás una aventura que admirará á los que leyeren algun dia mi historia? . . . — No os enojeis, amamía, que os lo suplico, y os diré, que. . . yo. . . hay. . . os afirmo que no sé cómo contentaros. . . — Escucha, buena Lucía: si algun príncipe ó princesa te pidiese que les contáras lo que me ha sucedido, ¿no les dirias nada

de la aventura de hoy?... Pues bien, supón que soy una princesa que te pide la narración de mis sucesos." Arabela fijó sus ojos en Lucía, y, después de haber esperado algún tiempo, la dijo: "No te pido un discurso estudiado; vamos, empieza.— Pero, señora, si no sé nada, ni de vuestro robo, ni de vuestra libertad, ni de desafíos, ni tampoco he visto nada de todo eso... — ¡Vete, vete de mi presencia, muger indigna de mi confianza! ¡Ya veo que has vendido tu silencio!" Pasmada Lucía del enojo de su ama, rompió en llanto. Arabela, naturalmente compasiva, la habló con dulzura: "Te perdono, la dijo; pero confiame en cuánto has vendido tus servicios: muéstrame la joya que te han regalado. — Pues, señora, me dieron, á pesar mio, esta media gui-

nea que os presento ; me la encontré en la mano en el mismo instante que tirasteis de la campanilla : ví que el señor Tíncel iba á entrar en vuestro quarto ; quise impedirselo ; se me opuso ; y , finalmente , dí aquel chillido que os asombró tanto ; y esto es , señora , todo lo que ha habido. ” Se avergonzó Arabela de un regalo que no tenia exemplo , y la mandó salir del quarto para ocultar su grandísima confusion. Poco despues se resolvió á pasar al salon de concurrencia , donde encontró á su tío engolfado en una conversacion , que será el asunto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

*Conversacion anunciada al concluirse
el precedente Capitulo.*

Carlota , que estaba gozosísima de las extravagancias de su prima , no quedó poco admirada de ver que no habian producido efecto alguno en los ánimos de su padre y hermano. En vez de oírlos hablar de sus absurdos , repetian ambos sus observaciones , y convenian en que era muger de talento. Cansada de oír aquellos elogios , no pudo mas consigo misma , y tomó parte en la conversacion. „Verdad es , dixo , que suelen escapársela algunas cosas buenas ; pero es lástima que sus intervalos de razon no sean lar-

gos. — ¡Intervalos de razon ! ¿Qué quieres dar á entender con eso, hermana mia? — Que la cabeza de mi pobre prima se vá á páxaros muy á menudo.” Enfurecióse Glanville, se levantó, dió algunos paseos por la sala, y luego, mirando á su hermana con airados ojos, la dixo: » Carlota, si menudeas proposiciones semejantes, te creeré zelosa de la superioridad que tu prima tiene sobre ti por todos respetos. — ¡Zelosa yo, y zelosa de mi prima! Sospecha es que no esperaba yo de ti; mas te protesto, hermano, que la superioridad que mi prima tiene sobre mí por todos respetos, nunca me ha dado zelos, y sí freqüentemente lástima. — Basta ya, hermana, replicó Glanville con sequedad... no sé qué precio habrás puesto á mi amistad... pero, en fin... no

hablemos mas del asunto. — Pero, hijo mio, repuso buenamente el Baron, no puedes menos de confesar que tiene ideas extraordinarias... Por exemplo, ¿de dónde sacó la de que Tíncel queria robarla? porque, á la verdad, solo puede afeársele el haber entrado en su antecámara sin permiso; es ciertamente una culpa, que ha bastado para prohibirle la entrada en casa; mas... — No puede darse cosa de mayor magestad que el modo con que pintó la gloria y la virtud, añadió Carlota, y... — Créeme, hermana, no repitas las expresiones de tu prima, porque te faltan muchas cosas para darlas gracia. — Convengo en que esa es una de sus superioridades. — Sí, Carlota; y aun tiene la ventaja de ser tan superior por las prendas del alma, como por las de su per-

sona. — Vamos , vamos , hijo mio, interrumpió el anciano , basta de ofensas : mi sobrina (lo confieso) es una de las mugeres mas bellas que pueden presentarse ; pero Carlota tiene su mérito , y no te abono el que la humilles así.”

Mas picada Carlota del elógio de su padre , que de la acritud de su hermano , no pudo contener las lágrimas , y dió en cara á éste con que no la amaba desde que estaba enamorado de su prima. Enternecido Glanville , sacrificó algunas expresiones lisongeras á su vanidad , y restableció la calma en su espíritu. En aquellos mismos instantes se presentó Arabella mas hermosa que nunca , y justificó el ciego amor de Glanville.

CAPÍTULO VI.

Muéstrase nuestra heroína baxo diferentes aspectos.

Advirtió Arabela , al entrar, que habia llorado su prima , y se arrimó á ella , y la preguntó por la causa de su sentimiento en un tono de voz muy persuasivo. Carlota la correspondió con frialdad. Glanville , por evitar quëstiones, confesó que acababa de mortificar á su hermana , y que estaba pesadoso de ello.— »Verdad es , hermano , que eres estremadísimo en tus afectos , y que asi te arrebatas por las cosas poco importantes como por las muy serias. — No des, Carlota , á mi prima una mala idea de mi caracter : si cometí alguna

culpa , me parece que la he reparado. — Tranquilizaos , Glanville, repuso Arabela : lo que dice mi prima no os desluzca , porque los corazones buenos son regularmente parecidos al retrato que hace del vuestro : las almas débiles ó lo aman todo , ó no aman nada , y suelen ser tan insensibles á la gloria como á la ignominia , semejantes á la arena movediza sobre la que nada se grava : mejor opinaré de un joven arrastrado por algun defecto , que de otro en quien nada haga impresion : son necesarias las pasiones , aun quando viciosas : la razon y la experiencia saben oponer los convenientes contrastes , salvar sus disonancias , y aun formar con ellas dulces armonías : un hombre vicioso puede llegar á ser hombre de mérito , y grande hombre ; pero no hay que pensar

en que el hombre sin pasiones dexé de ser inferior á la mas ordinaria clase , porque no hay objetos que fixen su atencion ; y hasta la filosofia , que se jacta de curar las enfermedades del alma , no tiene dominio sobre la indiferencia ; de que infiero que es compañera inseparable de la debilidad ; y tambien , que , en materia de pasiones y de sentimientos , es mejor pecar por mucho que por poco.

Acabó Arabela su disertacioncilla , y Glanville miró á su hermana con ademan de triunfador , aunque ella se mostraba distraida. El Baron , arrebatado de entusiasmo , dixo : „ ¡Qué lástima , sobrinia , que no hayas sido hombre ! Seguramente hubieras representado papel en el parlamento , y aun , acaso , tenido la gloria de ver impresos tus discursos. ” Aunque el

eumplido fué algo extraño, gustó á Glanville ; quien iba á procurar mantener el espíritu de su prima en aquel grado de elevacion, quando entró Sílvén á informarse de como lo pasaba Arabela. Esta se inquietó mucho al verlo; y aunque Glanville se esforzó á sosegarla, no pudo conseguirlo. „La prudencia pide, dixo ella, que huya yo de las persecuciones de este hombre. „ Glanville baxó la cabeza de confuso ; Carlota levantó la suya sonriéndose ; y el pobre Sílvén apenas pudo articular algunas palabras para justificarse.” Señor, continuó diciendo Arabela , mi resolucion no puede variar : ya os he manifestado quan sorprendida estoy de vuestra desobediencia : estais desterrado , y me maravillo de que os atrevais á poneros en mi presencia. — Pero , sobrina mia,

¿qué ha hecho Sílvén? me parece que lo tratas con sobrado rigor; y yo hallo grandísima diferencia entre él y Tíncel.— No puedo, tío mio, tratarlo de otro modo, sin pecar contra las reglas: mi severidad es igual á la de la princesa Eudoxía: imite Sílvén á Trasiménes en la sumision, ya que se atrevió á imitarlo en el cariño.— ¿Qué significa esto, Sílvén? dixo el anciano: ¿Habeis hecho á mi sobrina alguna declaracion indiscreta?— Admiro ciertamente, respondió Sílvén con humildad, las perfecciones de esta señora, y en esto no hago mas que lo que hacen todos; pero os juro, señor Baron, que jamas he pensado en decirle que la amo. » Justificacion tan positiva admiró al Baron, y humilló mucho al pobre Glanville; pero Carlota se gozaba de la embarazo-

sa mortificacion de todos, y aguardaba el instante de poderse reir á su gusto.— „Vuestra disimulacion, dixo nuestra heroina con imperturbable sosiego, no es de estrañar; pero de esa estratagema misma usó Trasiménes, y no le valió: bien sabeis que Eudoxía lo desterró de Roma, como yo os destierro de la Inglaterra.— ¡De la Inglaterra! replicó Silven muy admirado.— No puedo, señor, revocar esta sentencia, porque la debo á mi fama.— Por vida mia, señora, que no veo que necesidad haya de que yo abandone por vuestra fama mi familia, mi fortuna, y mis negocios: hacedme el gusto de demostrarme los motivos porque. . .— Responderé á vuestra proposicion con una pregunta: decidme: ¿Cómo podia importar á la fama de la princesa Eudoxía la morada de Tra-

simenes en Roma?" Sílvén no supo que responder porque ignoraba la historia de Eudoxía, y su amor propio se resistia á confesarlo. „Os compadezco, caballero, añadió Arabela suspirando; pero confio en que el placer de obedecerme suavizará vuestra suerte contraria: necesitais consuelos, y no quiero rehusároslos: andad, señor, pero asegurado de que, á qualquiera parte que os lleve vuestra desesperacion, os seguirá la lástima de Arabela." Dichas estas palabras, se cubrió el rostro para ocultar su confusion, y dexó caer una de sus manos, suponiendo que el amante desterrado se llegaria á regarla con sus lágrimas; pero habiendo pasado algunos instantes sin llegar, creyó que se habia desmayado como Trasimenes, y se retiró, por ahorrarse á su alma el espec-

táculo de una escena lastimosa. Luego que llegó á su quarto , se tiró sobre un camapé , muy agitada de la consideracion del estado horroroso en que dexaba á aquel amante infeliz.

CAPÍTULO VII.

Siguen las contraposiciones.

Quedáron sorprendidísimos Sílvén y el Baron, así de las expresiones de Arabela , como del modo de retirarse. Glanville se quedó cortado ; y Carlota , advirtiendo á su hermano cerca de ella , dixo á media voz á Sílvén „ que sin duda , antes de partir , volveria á despedirse.” No pudo Sílvén dexar de reirse , á despecho de su gravedad. Glanville se disgustó

mucho; pero no pudiendo enojarse sin ser injusto, eligió el irse. El Baron se quedó disertando sobre las extravagancias de su sobrina, y Carlota hizo quanto pudo para ponerlo de mala fe.

Desaprobó el Baron la maligna intencion de su hija, y recapituló muchísimos instantes en que Arabela habia hablado (segun él se explicaba) tan sabiamente como un ministro. Sílvén convino en que tenia un fondo inagotable de erudicion, una memoria maravillosa, y unos conocimientos extensísimos; y de allí á poco se fue volviendo á protestar, que jamas habia hecho declaracion alguna indiscreta. Entretanto nuestra heroina estaba entregada á sus meditaciones; y dió orden á Lucía para que exáminase el estado en que se hallaba Sílvén, y le diese los consuelos que estu-

viésen en su mano. Baxó Lucía, entró en la sala con ademan cuidadoso, y miró hácia todos lados sin hablar palabra. Preguntáronla padre é hija ¿qué buscaba?— Busco al señor Silven para darle los consuelos que estén en mi mano.— Está bien, muchacha; dile á tu señora que Silven no necesita consuelos.— ¡Ay cielos! exclamó Arabela al oír esto: ¡Habrá puesto él mismo fin á sus desventuras! ¡Cuán desgraciada soy! ¡Belleza cruel! ¡Fatal rigor!... Pero ¿por qué me he de afligir tanto? ¿No pereció por Pantea el infeliz Perinto? ¿No causaron los rigores de Barsina la muerte de Oxártés? ¿No determinó á Orondates á atentar contra su propia vida la severidad de Estatira? Anda, Lucía, mira que ha sido de él...” Baxó segunda vez Lucía, mas afligida que

la primera , y preguntó sollozando ¿ si habia ya muerto Sílvén ? El Baron , sin entender lo que oia , dixo á Lucía que avisára á su ama que baxase al instante. „Vengo, dixo la heroina á su tio , á informarme de si es todavia tiempo de perdonar al desdichado Sílvén , para que parta en paz.— Sobrina mia , algo tarde has venido ; pero consuelate que ha marchado muy en paz.— ¡ Cómo ! ¿ No existe ya ?— Pero . . . pero . . . sobrina , ¿ qué es lo que dices ? . . . Me sorprendes extraordinariamente . . . ¿ Te chanceas ; por ventura ?— No me chanco por cierto.— Esto es ya demasiado , sobrina : ¿ sabes que tus proposiciones me cansan ? Dices mas de lo necesario para creer que estás . . . — Me haceis injusticia , tio , si me sospechais capaz de alguna flaqueza : ¿ Qué diriais , pues , si

hubiera sostenido su cabeza sobre mis rodillas, y derramado lágrimas, y, en fin, si hubiese?...—

¡Dios mio! prorrumpió el Baron, levantando las manos al cielo,

¿Vióse nunca semejante delirio?—

¿Pues qué dudais que los haya habido como estos? Si lo dudais,

es señal de que nunca oisteis hablar de la princesa de Media.— Si

tal he oido, el demonio me lleve.—

Permitidme, pues, que os diga lo que hizo por el príncipe de Asy-

ria...— ¡Dios de mi alma! dixo

Glanville con vehemencia: ¡dadme sufrimiento, porque no puedo mas

conmigo!— Arabela, resentida, lo miró con orgullo, y le preguntó

¿si habia algo que le desagradase en lo que ella acababa de decir?—

En verdad que sí, prima mia, y en tal manera que no alcanzo á expresaroslo.— Siento por

vos , ya que vos no lo sentís , que seais menos generoso que Cyro.— Eso es , prima ; apretad el cordel , y sacadme fuera de mis casillas: parece como que habeis jurado precisarme á que os falte al respeto que os debo para despues ahorcarme. — ; Ahorcaros ! Glanville , ¿ habeis perdido el juicio ? Ningun heroe habló jamas de ese género de muerte . . . pero decidme la causa de una desesperacion tan pronta , y tan violenta .”

Como Glanville nada respondia , continuó así Arabela : „ Bien que yo no me crea obligada á daros cuenta de mi conducta , no habiendoo permitido esperar otra cosa , quando mas , que mi buen afecto . . . Con todo , quiero descender hasta justificarme : sabed , pues , que la compasion con que miro á Silven tiene su origen en la bon-

dad de mi corazon ; de modo que, si él viviera , lo miraria con total indiferencia , ó , acaso , con desprecio. . . No os dexeis , Glanville, arrastrar de unos injustos zelos; pues , si me amais verdaderamente, no podreis formar sospechas injuriosas á mi reputacion. . . Y sabed tambien de mí que el ser suicida es una falsa imagen del valor , y un delirio producido por el miedo; porque , si fuese efecto de la valentía del animo, bastaria este mismo principio para sobrellevar los males con paciencia. La esperanza es el único y último recurso de un alma debil ; y así que la pierde se le atreve la desesperacion. En fin, el golpe fatal con que un cobarde se quita la vida , le parece menos terrible que el mal que teme.”

CAPÍTULO VIII.

Emplea Glanville, sin éxito, muchos medios para corregir á Arabela de su heroísmo.

Levantóse Arabela, é hizo una seña á Carlota para que la siguiera. Asi que estuvieron solas en su quarto, echó á llorar. Carlota admiradísima, la preguntó la causa de su extremo dolor.— ¡Ay! respondió. ¡No tengo motivos para juzgarme la muger mas desgraciada del mundo! He causado la muerte del triste Silven; y toco ya el momento de ver á Glanville herido de una desesperacion violenta.— ¿Por eso te agitas y lloras, prima mia? No tienes de qué: siesguate: Silven está muy vivo; y

en quanto á mi hermano , no sé que tenga intencion de desesperarse.— ¡Pues cómo! ¿No ha muerto Sílvén? ¿No fué mortal su herida?— ¡Su herida! Vaya, prima, dime de buena fé, ¿de dónde sacas unas ideas como esas?— Pues entonces voy á mandarle por escrito que viva.— ¡Oh! respondo de su obediencia. „Pidió Arabela recado de escribir, y viendo entrar á su primo le dió parte de su intencion.” Ya está desterrado, le dixo; con que así, no tengo que temer sus persecuciones.— Os juro, prima, que vivo tranquilísimo sobre ese punto... y para ahorraros el trabajo de escribir, puedo decir que goza una salud muy cabal.— ¡Cómo es dable que así sea! Segun el órden natural de las cosas bien sabeis que debe... — Lo que sé es, que Sílvén no se tiene

por obligado á obedeceros , y que lleva su impudencia hasta dudar que podais desterrarlo de su pais. — Pero... mi autoridad se funda sobre el poder que me dió. — Eso es lo que positivamente niega ; y , ademas , opina que el mismo derecho tiene él para dar este poder , que vos para ejercerlo , porque ambos vivis sometidos á las leyes del pais que habitais.”

Tan maravillada quedó Arabella de oir estas proposiciones que dió á creer , por unos instantes , á Glanville , que habia encontrado un medio para curarla de sus nociones extravagantes : iba éste á continuar , quando ella , mirándole con gravedad , le dixo : „El imperio del amor tiene leyes propias como el de la honra , y ya sabeis que no tienen relacion con las demas. — Perdonadme , prima:

las leyes han fixado los límites de la honra y del amor. — No puede ser eso , porque veo en ello contradiccion. Por exemplo , las leyes prohiben quitar la vida á qualquiera ; el honor manda , muy frecuentemente , buscar al enemigo para quitársela ; y como no cabe que una cosa sea justa é injusta , resulta necesariamente , que la ley que condena , y la que justifica , son opuestas , y , de consiguiente , independiente una de otra. ¿Qué responderéis á esto? — Habeis probado muy bien , que lo que se llama honor no es lo mismo que lo que se llama justicia : si quereis darme el gusto de oirme , yo. . . .”

Arabela , poseida de su asunto , no le dió tiempo para acabar ; se extendió mucho sobre el imperio del amor ; y probó , que no solamente era la pasion de los héroes , sino

que tambien todos ellos la fueron deudores de su celebridad. „El amor , continuó ella diciendo , pide una obediencia á que no se oponga consideracion alguna ; una obediencia infinitamente mas sumisa que la que los Reyes exigen de sus vasallos. *Viviré , señora , dixo el Príncipe de Escitia á Estatira , pues lo mandais : no debe la muerte tener imperio sobre una vida en que os interesais. — Mandadme vencer , dixo Juba á la sin par Cleopatra , y miraré ya á mis contrarios como vencidos. Encontradme , aun para los mas grandes Monarcas , unos títulos comparables á los que se dan á las soberanas de los corazones , como árbitro divino de mi suerte , divinidad visible , diosa mortal , y tantos otros igualmente sublimes.*” Glanville perdió la paciencia ; desvió la conversacion con

una pregunta estraña ; y se fué, poco despues , mas que nunca desesperado de vencer la manía de Arabela.

CAPÍTULO IX.

Carácter rarísimo , que se presenta en la escena.

Envidiosa Carlota de las prendas de su prima , sintió mucho gozo de lo que ésta se había ridiculizado en Bath : supo , con la mayor complacencia , que Tíncel la había pintado en las concurrencias de un modo que no la favorecía , y dió noticia de esto á Glanville , quien se determinó á estorbarla que compareciese en público. No fué cosa difícil , porque Arabela únicamente salía por dar gusto. Carlota , que se vió , por aquel me-

dio , libre de todo miramiento embarazoso , compareció en el público con mas jovialidad , escuchó quantas bufonadas se dixerón á cuenta de su prima , y no se quedó corta en contribuir á ellas con quanta hiel pudo mezclar. Las mugeres se desataron contra Arabela , porque era mas hermosa que todas , y solo se reunieron para reir á costa suya. La célebre Condesa de *** se halló en una de aquellas tertulias , y tomó el partido de Arabela contra todos , y logró imponer algun silencio , así por el decoro y dignidad con que se explicaba , como por el concepto que se tenia de su mérito. Se conocian pocas competidoras de esta dama en quanto al talento , y aventajaba á todas por su entendimiento y vasta lectura. Fue testigo del esplendor con que Arabela se pre-

sentó en el bayle , á pesar de las sátiras con que la zahirieron ; y la estudió lo suficiente para conocer que habia en ella un buen caudal de ingenio , obscurecido con las ideas novelescas. Aquel descubrimiento promovió en ella la lástima , y la impulsó á tomar la resolución generosa de libertar á tan bella muger de las maliciosas zumbas á que se exponia. Alabó mucho la Condesa el juicio de nuestra heroina , su hermosura , su gracia y su candor , y explicó delicadísimamente el cómo una jóven dotada de imaginacion viva , sola , sin guia , y sin conocimiento del mundo , podia concebir ideas tan originalmente estrañas ; y para minorar las ridiculeces de Arabela , confesó que , quando muchacha , se habia tambien ella sumido en la lectura de las novelas heroicas,

y empezado á tener un modo de pensar muy parecido al de aquella señorita; el que no se le desvaneció hasta que se la presentaron ocasiones de ver el mundo, y necesidades de conformarse á sus estilos; y añadió á esto la Condesa, que queria conocer á Arabela, á quien visitaria como mas antigua residenta en Bath. Carlota contó á su hermano quanto se habia dicho en la concurrencia, y le procuró con ello una satisfaccion muy lisongera. Conocia mucho, por su reputacion, á la Condesa de ***, y concibió dulces esperanzas de que el trato y conversacion de una muger de aquel mérito causaria muy buenos efectos en el ánimo de Arabela.

Cumplió con su palabra la Condesa, pues, dos dias despues, escribió una carta á Arabela, anun-

ciándola , que tendria la honra de ir la á ver despues de comer. Así que llegó , la salió al encuentro nuestra heroina , y la abrazó ansiosamente , como pudiera , á una amiga antigua , que regresa de un viage largo. Glanville , embarazadísimo , estudió la fisionomía de la Condesa , y sacó , por congetura , que no la desagradaba aquella familiaridad. »No podreis creer , extranjerá amable , la dixo Arabela , la impaciencia con que deseaba veros : me han hablado mucho de vuestras virtudes , y os aseguro que me ha hecho tanta impresion , que no vacilaria en viajar desde un extremo del mundo al otro , para daros una prueba de la sinceridad de mi afecto.» El Baron , sorprendido , pegó un repulso al oír tal cumplimiento ; y Glanville se mordió los labios , sin

atreverse á levantar los ojos; pero la Condesa, con dulzura y decoro, la contestó así: „la satisfaccion que siento en conoceros, preciosa Arabela, es tanta, que me da á sospechar alguna desgracia próxima. La vida es un texido de placeres y de amarguras, y sucede muy á menudo que los unos son precursores de las otras.” Embobada estaba Arabela, viendo un estilo semejante al suyo; pero Glanville incomodadísimo, porque sospechó á la dama con gana de divertirse; y el Baron creyéndola, de buena fe, tan extravagante como su sobrina. „Verdad es, repuso Arabela, que la virtud está expuesta á los caprichos de la suerte. Las desventuras de Estatira, ó Casandra (porque los dos nombres tuvo), y la adversidad que experimentó Candaza, y las afliccio-

nes de Mandana , prueban que las personas de mayor ilustracion no estan á cubierto de los golpes de la fortuna . — Convengo , replicó la Condesa , en que las Princesas que acabais de nombrar , fueron desgraciadas ; pero olvidais á una que lo fué tanto como esas ; olvidais á Elisa , Princesa de los Parthos . — Perdonad , señora , interrumpió Arabela , no pienso del mismo modo . La Princesa de los Parthos puede sin duda incluirse en la clase de las desventuradas ilustres ; pero lo fué mas que ella la divina Cleopatra : ¿ Qué males sufrió , á que no estuvo Cleopatra expuesta ? Si Elisa , por la tiranía de su padre , estuvo para dar la mano á un hombre que aborrecia ; la hija de Antonio se vió en el mismo caso con Tiberio , Príncipe cruel , tan odiado de ella como de todo

el mundo ; si Elisa cayó en poder de un pirata , Cleopatra fué cautiva de un bárbaro ; y , en fin , si Elisa padeció la pena de ver en prisiones á su amado Artabano, por órden de Augusto ; Cleopatra vió las angustias mortales de Coriolano condenado á una muerte ignominiosa. — Preciso es confesar, dixo la Condesa, que fueron grandísimas las desdichas de esos personajes. Mientras mas se medita en las peligrosas aventuras á que estuvieron expuestas en sus tiempos ; mas parece que debemos felicitarnos de haber nacido en un siglo en que los modales , los estilos , y las costumbres son tan diferentes. Personas hay , que no pueden persuadirse á que haya habido Princesas que navegasen por esos mares disfrazadas en trages varios ; que fuesen robadas con

violencia ; que habitasen en los bosques ; que viviesen en islas desiertas ; y que todo esto lo hiciesen por huir de unos insolentes raptos. Como unas cosas así no han sucedido desde dos mil años acá, hacen creer al mayor número que son cuentos forjados á placer.” Arabela se paró al oír este discurso, y no tuvo por conveniente decir lo que pensaba ; pero su silencio, su ademan, y sus ojos manifestaron lo que pasaba en su alma. Creyó la Condesa haberse pasado algo para una conversacion primera ; y se aprovechó diestramente de la ocasion de promover otra ; y así que se dexó aparte el heroismo, lució Arabela su talento, y acreditó, con lo sólido de sus reflexiones, el juicio y discernimiento de que estaba dotada.

CAPÍTULO X.

Explicacion de algunas contradicciones que se hallan en el Capítulo precedente.

EN los términos mas obligatorios expresó su admiracion la Condesa , prendada del entendimiento de su nueva conocida. Por su parte dió tambien á ver Arabella lo gustosa que se hallaba ; y, despues de los regulares cumplimientos , volvió á su estilo , y suplicó á la Condesa que la nar-rase sus aventuras. Esta dama significó una confusion , que descompuso á nuestra heroína. „Os confieso , señora , que lo singular de vuestra peticion me ha forzado , á pesar mio , á meditar algunos ins-

tantes para convencerme de que una señorita soltera, llena, como lo estais vos, de pundonor y de entendimiento, no podia hacerla sino ignorando la interpretacion, generalmente recibida, del término de que se ha servido: la palabra *aventura*, entre nosotros, parece como que abraza la idea de libertinage; y no es permitido servirse de ella para expresar los acacimientos naturales que se suelen verificar en una muger de honor. En habiéndoos yo dicho, continuó la Condesa, apretando amigablemente la mano á Arabela, que soy hija de unos padres respetables; que he tenido una educacion bastante buena; que Milord *** me obsequió con permiso de sus padres y de los míos; que me casé con él por afecto; y que hemos vivido en la mayor

union ; tendreis sabida la historia de las mas de las mugeres bien nacidas.—Habeis sido tan buena, señora , dixo Arabela ruborizada, que me habeis perdonado mi indiscrecion ; pero debo , á efecto de justificarme , confesar que me tuve por autorizada para pedir aquella gracia por el uso que permitia , en otros tiempos , á las damas del mas alto nacimiento contarse mútuamente sus historias. — No hay cosa mas mudable que el uso , añadió la Condesa ; y tanto , que lo que era honroso mil años ha , puede ser actualmente infamatorio. Una muger , por exemplo, del tiempo de que hablais , hubiera pasado por de poco mérito , si no hubiese sido dos ó tres veces robada ; y en nuestros dias semejantes sucesos depondrian contra su castidad. Un héroe de entonces seria

ahora un asesino ; y la misma acción que , en aquellas circunstancias , guiaba al trono , llevaria hoy al cadalso. — Me parece , no obstante , señora , que el uso no puede mudar la naturaleza de las cosas ; y si la virtud ha caracterizado en todos tiempos á los heroes , un heroe de aquella edad tambien seria un heroe.— Está bien que los efectos de la virtud y del vicio no muden , pues en todos tiempos la una ha merecido la estimacion , y el otro el menosprecio ; pero las preocupaciones de ciertos paises , y los convenios particulares , pudieron producir principios diferentes de los nuestros , y graduar de gloriosas acciones , que tenemos por viles.— Verdad es eso , dixo Arabela algo conmovida ; pero vuestra intencion no habrá sido probar que Orondates,

Artagerges, Juba y Artabano, no fueron hombres virtuosos.— No lo fueron ciertamente, si los juzgo por las leyes del christianismo, y por las ideas que tenemos de la humanidad, del honor y de la justicia.— Pues ellos tenian un valor invencible, usaban de una generosidad sin límites, y guardaban una fidelidad inviolable.— Todo eso es así; pero fixemos con un hecho lo que se llamaba heroismo. Orondates, uno de los mayores heroes, fue enviado por su padre al frente de un ejército, para oponerse á los progresos de un Monarca persa, que invadió sus estados. Hizo prisioneras á la muger é hijas de su enemigo, y pudo, con tales rehenes, terminar una guerra perjudicial á su patria; pero, usando de una generosidad muy mal entendida, qui-

so mas darlas libertad. Enamorado de una de aquellas princesas , se fué á vivir algunos años entre los enemigos de su padre ; se casó con la princesa ; y pasó á derramar la sangre de sus vasallos , que le amaban mucho. Estas son las acciones que immortalizan á dicho héroe ; pero tomemos la balanza de la equidad , y pesémoslas : en ellas veremos flaqueza , ferocidad , baxeza , y , en fin , cosas enteramente contrarias al heroismo , que nuestra moral , y nuestras costumbres aprueban. Es, pues, cierto, continuó la Condesa sonriéndose, que lo que entonces se llamó virtud, puede ser vicio ahora ; y tambien lo es que para formar un héroe de nuestros dias , es menester un hombre que no se parezca , de modo alguno , á Orondates.— El ademán candoroso de la Condesa,

el sonido de su voz, la fuerza de sus razonamientos, y la honradez con que sostenia su opinion, no pudieron dexar de causar gran efecto en el ánimo de Arabela, que estaba agitada, sorprehendida y cortada, pero no convencida. El heroismo novelesco estaba hondamente gravado en su corazon, y familiarizada con él desde la infancia; de suerte que no veia virtud, fama, generosidad, honra ni valor, sino en las acciones de Juba, de Orondates, de Artagerges, &c. Esta conversacion originó en sus ideas un tumulto, que se asomó á su fisionomía: conociólo así la Condesa, y temió haber perdido la confianza que queria ganar. Arabela gustó mucho de la conversacion de aquella dama, y la miró con la estimacion respetuosa que imprime el verda-

dero mérito. Quando la Condesa se levantó para acabar la visita, Arabela la hizo muy vivas protestas de su inclinacion afectuosa ; y los cumplimientos de ambas partes fueron tan sinceros , quanto finamente expresados. Quedó contentísimo Glanville ; la salió acompañando ; y la rogó que continuase sus excelentes consejos , y la dió á conocer , con ingenio , quan interesado era su corazon en el éxito de sus sabias lecciones. Prometióle la Condesa cultivar la amistad de Arabela , y , con una sonrisa muy agradable , aplaudió su eleccion.

No estaba ya Arabela en la sala quando volvió Glanville , pero sí el Baron. » ¡Ay , padre mio ! dixo en el enagenamiento de su gozo : ¡ Esta amable Condesa conseguirá ciertamente mudar el modo de pensar de mi prima! — Dí-

gote, hijo mio, hablándote con sinceridad, que no sé qual de las dos es mas estrafalaria. ¿Qué dianches de cuentos nos ha embocado?... Heroes, virtud, vicio, gloria, y unas cosas allá, que ni Lucifer podria retener en la memoria. Tengo para mí que pondrá á Arabela mas loca de lo que está, si es que esto cave." Glanville, algo desabrido de la defectuosa manera de juzgar de su padre, procuró despreocuparlo de su error; y consiguió, al fin, que conviniera en que nadie podia comportarse con mas astuta finura.— La Condesa, determinada á proseguir la curacion emprendida, pensaba en los medios de presentar á Arabela entre las gentes, vestida como las demas mugeres, y en ser su Egipto contra las burlas de la malignidad, quando, por desgracia de

nuestra heroina , supo que su madre estaba muy enferma , y que la urgía la precision de acudir á su presencia. Mucho afligió á Arabela su partida , así como para Glanville fue un duro contratiempo. A la sazón recibió el Baron cartas de Londres , en que le decian que su persona era allí necesaria. Determinó llevarse consigo á su sobrina para que viera la capital ; y , pocos dias despues , se verificó la marcha. Mientras ésta duró , no hubo mas que algunas equivocaciones de parte de Arabela ; y para no cansar al lector con narracioncillas insubstanciales , llevaremos á nuestra heroina á Londres , sin diferirlo mas.

CAPÍTULO XXI.

Aventura maravillosísima.

Carlota, cuya imaginacion se habia risueñamente exáltado con la vista de los chapiteles de Londres, hizo á su prima el catálogo de las diversiones que iba á disfrutar, pero con tan gran volubilidad de lengua, que su padre, fastidiado, la impuso silencio. Llegaron á la plaza de San Jacobo, donde tenia su casa el Baron: éste habia mandado que se preparase para su sobrina la habitacion que sirvió á su difunta esposa. Inmediatamente la ocupó Arabela; y lo primero que hizo fue arreglar su pequeña biblioteca portatil, que nunca separaba de ella. Carlota

despachó un ciento de esquelas, noticiando á las amigas suyas su llegada; y despues pasó al quarto de Arabela, en donde, bebiendo el té, dispuso todas las diversiones de una semana, las que fueron tantas, que Arabela, admirada, preguntó ¿si podria verificarse aquello en un año? „; Un año! Esto es cosa de pocos dias.— Pues, siendo así, el modo de vivir de Londres me parece muy extraordinario.— Eres tan seria, prima mia, que es bien difícil divertirte; pero no tendrás precision de ir á los espectáculos que no te gustaren; y á lo más, si te parece, recibirás algunas visitas.— Ciertamente que sí; y como, entre las damas que yo vea, haya algunas tan amables como la Condesa de *** tendré mucha complacencia de estrechar con ellas amistad.— La

Condesa de *** no es despreciable; pero me disgusta sin saber por qué: tiene unas rarezas que todo el mundo nota, como, por exemplo, las de abominar del juego, y hablar de modo que molesta á las gentes de fina sociedad. Pocos dias antes de que fuese á verte estuve con ella en una concurrencia, é hizo bostezar á los mas que la componian.” Arabela, allá en lo interior de su alma, ni gustaba del carácter de su prima, ni de sus opiniones; y aunque quedó mortificada de oír hablar mal de una persona que la arrebatava la admiracion, respondió, no obstante, sin acritud, que la Condesa ocupaba el primer lugar en su estimacion, hasta encontrar otra dama de mérito superior al suyo. Educó á Arabela su padre entre preocupaciones contra la corte.

Propúsola Glanville el ir á un gran baile que se daba en ella ; pero no quiso ir sino incognita. Sus lecturas la habian de tal manera familiarizado con la grandeza y el brillo , que de nada se admiró ; y notó sencillamente que no habia hombre alguno que correspondiese á la idea que tenia formada de Artabano , de Orondates , y de Juba ; ni muger alguna semejante á Elisa, Mandana , ó Estatira ; pero sin decir cosa que pudiese hacerla reparable. Glanville quedó pagado de su manejo : la inclinó á que fuese á ver lo mas notable de la capital ; y sufrió la mortificacion de hallarse engañado en su concepto , porque Arabela continuó en sus quimeras por todas partes. Preguntó al Alcaide de la Torre los nombres de los caballeros á quienes pertenecian las cora-

zas que vió en la sala de armas; y se admiró de ver los escudos sin divisas, y los morriones sin penachos; notó que el leon que mató Lisimaco era mas corpulento y fiero que el que la enseñaron; sostuvo que la Iglesia de San Pablo no era tan magnífica como el templo, en que Cyro oyó á Mandana dar gracias al cielo por su muerte; se informó de si era estilo de corte el ir á pasearse por las orillas del Tamesis, como Augusto por las del Tiber; y tambien de quales eran los dias en que se celebraban los juegos y los torneos en la plaza de San Jacobo. La estacion de *Vaux-Hall*, ó sala de concurrencia general, aun no habia pasado, y quiso ver aquel jardin magnífico, que, segun se lo habia ella figurado, debia parecerse al de Luculo. Lo extraño del

vestido de Arabela le atraxo muchas miradas , y llegó hasta verse oprimida de la multitud , de modo que quiso volverse á su casa ; pero , en aquel instante mismo , paró su atención una aventura singularísima. Cierta oficial de distincion habia acompañado á su querida disfrazada de hombre. La moza , algo tomada del vino , se comportó de manera , que descubrió su sexô : un pisaverde , que quiso hacer reir á los espectadores, armó con ella quimera por un leve motivo , é intentó precisarla á admitir desafio. La vista de una espada desnuda asustó á la Amazona : protestó que era muger , y buscó á su protector ; mas éste se habia quedado dormido y no estaba para defenderla. Carlota , curiosísima de averiguar qué era aquello , se entró por la muche-

dumbre , arrastró consigo á Arabela , y se informó de la causa de la popular conmocion. Dixéronla que un joven habia sacado la espada contra una muger disfrazada de hombre.” ¡Ah, cielos! exclamó Arabela : apuesto á que van á descubrirse circunstancias semejantes á las de Aspasia... ¿No podré ver á esa infeliz? Procuró Glanville contenerla , mas viéndolo imposible , se determinó á seguirla. Hendió Arabela por entre la gente , se quitó el velo , y mostró una cara tan hermosa , que todos la abrieron paso : de lo que sí se admiraban era de verla seria, quando todos reian. Estaba la trémula amazona sentada sobre un banco de piedra , y á sus pies su antagonista , dandola chistosas disculpas. Habiasela caido el sombrero , y su pelo suelto y esparcido,

la presentó á tan buena luz, que Arabela se aficionó instantaneamente á su persona. »Desconocida encantadora, la dixo, ignoro vuestro nombre, mas no dudo que sois bien nacida: me obligais á que os estime, y os ofrezco, de corazon, quantos socorros pendan de mi arbitrio.» Estaba Glanville confundido y mortificado de ver á su prima representar un papel tan ridículo en una escena tan pública, y aguantaba dolorosamente las hablillas y bufonadas que le llegaban á los oidos. Agarró de la mano á su prima, y procuró apartarla de aquel sitio; pero ella lo miró con severidad; desatendió á Carlota, que la suplicaba que no se expusiera; y reiteró sus ofertas á la desconocida. Aquella moza, algo repuesta de su temor, clavó los ojos en Arabela, y, movida á veneracion

al aspecto de una bienhechora de aquella especie, la dió gracias humildísimas.» Dexemos este sitio, la dixo nuestra heroína tomándola por la mano, porque sin duda es necesario que se ignore quien sois: conozco á un hombre, igualmente generoso que valiente, sobre quien tengo tanto imperio, que puedo persuadirme á que, por mi recomendacion, os libertará de vuestros perseguidores.» El pisar verde, arrodillado todavia, y haciendo mil monadas, le tomó la otra mano á la amazona, y juró que no habian de quitarsela hasta hacer con ella las paces. Desesperado ya Glanville, se esforzó de nuevo á llevarse á su prima. »Es una extravagancia, la dixo al oido, tomar la defensa de una prostituida... No mirais, prima, que todos se burlan de vos... os

estais dando en espectáculo. . . por amor de Dios que nos vayamos.—
 ¡Cómo! replicó Arabela encolerizada: ¡Seriais tan baxo que dexaseis á esa desgraciada entre las manos de un raptor, llevando al lado una arma que! . . . — ¡Ola, Ola! gritó el oficial amante de la moza, así que despertó: ¿de qué tratamos? ¿dónde está mi Lucía? ¿Es con ella con quien las han? ¿Quánta gente hay aquí junta! . . . Amigo, dixo al calayera, que tenia asida la mano de su moza, ¿qué quereis hacer de mi Lucía? . . . Dixo algunas cosas mas en estilo soldadesco, tiró de su espada, y, en breve rato, desembarazó el puesto de curiosos.” Arabela asió á Carlota por la mano, y huyendo como iba, encomendó á Glanville el cuidado de la desdichada. Algunos instantes despues fué

Glanville á reunirse con su prima, y la dixo, para sosegarla, que el adorado amante de aquella dama acababa de arrancarla de las manos de sus perseguidores, y que se habia adquirido mucha gloria. — “¿Estais bien seguro de ello, Glanville? Ya sabeis que Candaza, reyna de Etiopia, fué robada mientras se la estaban disputando otros dos raptores. — Os aseguro, prima mia, que ha seguido á su amante gustosísima... con que así, no esteis mas inquieta. — Temo alguna equivocacion: Candaza, por exemplo... — Candaza es una... En fin, repetos, que os tranquiliceis. — Vuestro estilo enojado, Glanville, me hace creer que teneis alguna parte en esta aventura... ¿Sabeis su historia? — Sí, y os la contaré en tomando el coche.” Arabela,

muerta de curiosidad, mostró deseo de dexar á Vaux-Hall, y Glanville se aprovechó de aquel momento para volverla á casa de su padre.

Así que entraron en el coche, apremió Arabela á Glanville para que la cumpliera lo prometido: iba éste de mal humor, y respondió secamente, que nada tenia que ver con personas de la especie de aquella por quien se interesaba tanto.

„ ¡Pues cómo!... ¿No me habeis ofrecido la narracion de sus aventuras?... Quereis darme á entender ahora que no la conoceis. — Por cierto que no... Solamente sé que es indigna de los miramientos que con ella habeis usado. — Dificil es que sea mas indiscreta que Hermiona, á quien, sin embargo, no se la puede negar un alma grande. — Ni á mí una paciencia bien

probada, repuso Glanville. — Voy, pues, á contaros lo que la sucedió... Bien sabéis el acaso que la proporcionó el conocimiento de la princesa Deidamia... — No, en verdad, no lo sé. — Pues bien, os lo referiré... però es sobradamente largo de contar: mañana satisfaré vuestro curioso deseo. » Glanville, sin responder una palabra, hizo un movimiento de cabeza, y llegó, pocos instantes despues, á casa de su padre, bien determinado á nunca mas llevar á su prima á parage alguno público. Carlota no faltó á contar á su padre todo lo acaecido: tenia este anciano violentísimas sospechas de que su sobrina estaba loca, y examinó detenidamente si le convendria, ó no, hacerla su nuera. Comunicó á su hijo este pensamiento, y le preguntó ¿si podría tolerar en su muger lo que lo

avergonzaba en su querida? Glanville, aunque enamoradoísimo, sintió toda la fuerza de aquel razonamiento, y se convino á no casarse con Arabela, mientras estuviese tan locamente encaprichada con su heroísmo. Desespero, dixo con mucho dolor, de corregirla: todo quanto ve lo refiere á sus ideas, y todo, por la acalorada viveza de su imaginacion, la afirma en sus errores.

CAPÍTULO XII.

Nueva aventura.

Apenas estuvo nuestra heroína quince dias en Lóndres, quando empezó á experimentar los efectos del ayre grosero y ahumado de aquella Ciudad. Deterioróse su sa-

lud , y la propuso su tío llevarla á Richemont , donde alquiló una casa cómoda y agradable. Como habia poco tiempo que Carlota disfrutaba los placeres de la Capital, no se ofreció á acompañar á su prima , pero sí á hacerla quantas visitas pudiese. El Baron , que trataba en negocios que lo detenian en Lóndres , resolvió enviar á Arabella con el mayordomo , y con criadas seguras que la cuidasen bien, ya que no permitia la decencia que fuese á vivir con ella Glanville, quien la acompañó hasta su destino , y despues la visitó diariamente. Y como esperaba la vuelta de la Condesa de *** , de quien esperaba la curacion moral de su prima, fomentó en ésta la idea de que los ayres de Richemont eran necesarios á su salud ; además de que, como la estacion era todavía be-

nigna, no faltaba gente que hiciese gustosa aquella morada. Arabela recibió las visitas de todas las damas, y sufrió, como extrangera, rigoroso exámen: las personas de cierta edad hacian por conciliar sus perfecciones con sus rarezas; pero las jóvenes no la perdonaban su hermosura. Pocas mugeres halló Arabela con quien poder entrar en conversacion; y ninguna Clelia, Estatira, ni Mandana, pues todas eran Carlotas. El único placer que disfrutaba nuestra heroina era el de pasearse por el campo. Una tarde oyó, á las inmediaciones de un bosquecillo, unos doloridos acentos, y vió, á corta distancia, á dos mugeres sentadas baxo un árbol: la una de ellas se enxugaba las lágrimas con un pañuelo, y á cada instante exhalaba suspiros, arrancados á fuer-

za del mas amargo dolor. Esta aventura , mas verisímil que ninguna de las que hasta entonces habia experimentado nuestra hermosa visionaria , la agitó mucho. Hizo señas á Lucía para que callara , y prestó atento oido á este monólogo. “Pérfido Ariaménés , á quien he amado tanto , por desgracia mia , ¿no tendré jamás valor para aborrecerte?... Ya , pues , que el cielo , y tu ingratitud han determinado que no nos uniésemos ; y ya que mis mas lisongeras esperanzas se frustraron , olvida para siempre aquellos inocentes favores , que se han convertido en criminales por tu inconstancia. . . . vuélveme aquellos sagrados testimonios de nuestro amor... y el corazon que todavía posees á pesar de tu infidelidad.” Enternecida Arabela hasta llorar , se mostró á la desconocida , que

tuvo la precaucion de taparse el rostro. Arabela la suplicó tiernamente que la contase sus desgracias. "No creais, bella incógnita, la dixo, que sea una mera curiosidad la que me obligue á pedir os esta fineza. Vuestras quejas han promovido en mi alma sentimientos de mucha compasion. — ¡Ay! respondió la que se quejaba, con ademán tímido; creía yo estar sola en una soledad como ésta... pero tengo que corresponder á lo que os dignais interesaros por mi suerte, y no vacilo en depositar en vuestro pecho secretos relativos á lo que indiscretamente proferí." Arabela la aseguró de que no abusaria de su confianza; mandó á Lucía que se incorporára con las otras criadas; y, sentada baxo un árbol con la dolorida, oyó la siguiente historia.

CAPÍTULO XIII.

Historia de la Princesa de las Galias.

Mi nombre , señora , es Cy-
 necia , y mi nacimiento bastante
 ilustre : yo era hija de un Sobe-
 rano , cuyos ascendientes poseye-
 ron la antigua Galia. « ¡ Qué de-
 cis ! exclamó Arabela : ¡ Princesa
 sois ! — Sí , señora , y muy afor-
 tunada hasta el momento en que
 envenenó mi exístencia la perfidia
 de Ariaménés. — Ruegoos , hermo-
 sa Princesa , que perdoneis mi fa-
 miliaridad : debí leer lo que erais
 en los lineamentos de vuestra cara.
 » — ¡ Ah ! ¡ Quán funesta me ha
 sido esta poca hermosura de que
 estoy dotada !... Pero ya ha des-
 aparecido... La pena ha carcomi-

do mis facciones hasta el punto de no ser conocidas. Fuí educada en la Corte de mi padre con quanto cuidado y amor cabe en lo posible. Aun no habia cumplido los diez y seis años, y ya estaba rodeada de amantes, que ocultaban cuidadosamente su temeraria passion. De esta manera viví dos años, hasta que un suceso, que voy á contaros, alteró mi sosiego. (Aquí la Princesa suspiró, se detuvo algunos minutos, y continuó despues.) Paseábame á menudo con una de mis criadas, por un bosque contiguo á uno de los palacios de mi padre. Un dia advertí que estaba un hombre tendido en tierra: la curiosidad me arrimó á él, y vi que estaba desmayado, y vertiendo mucha sangre. Sus vestidos eran tan ricos, que no me dexaron duda en que era sugeto de alta clase.

Al exáminarlo , le noté un no sé qué de grandeza , que me habló en favor suyo. Mandé á mis mugeres que lo socorriéran ; le aplicaron pañuelos sobre sus heridas ; le dieron á respirar esencias ; y , en fin , lo volvieron á la vida. Abrió sus caidos ojos ; los fixó en mí ; se levantó con dificultad ; y manifestó en sus miradas y movimientos el agradecimiento que albergaba en su alma. Su estremada flaqueza lo preciso á apoyarse contra un árbol. Acerquémeme á él ; le enteré de la situacion en que lo habia encontrado ; y le pedí que me dixese las circunstancias de su accidente. «Me llamo Ariaménes ; (así me contestó) muchos años ha que viajo , y regreso á mi pais nativo. Al atravesar por ese bosque me dió gana de descansar : até mi caballo á un árbol ; y ya empe-

zaba á adormecerme, quando oí ruido á mi alrededor, presté atención, y oí la horrorosa conjuración que se tramaba contra la princesa que habita en ese cercano palacio. Trataban nada menos que de robarla. «Interrumpí al viagero, continuó Cynecia, con una exclamación dolorosa: él conoció entonces que era yo la princesa; y me dió mil disculpas de su indiscreción involuntaria. Preguntéle, ¿si sabia el nombre de mis prevenidos raptores? y me respondió, que uno de ellos se llamaba Taxáandro. (Era uno de los favorecidos de mi padre, que me obsequiaba mucho tiempo habia.) Díxome, además, Ariaménés, que indignado contra aquellos viles, se habia declarado mi protector, y desafiádoslos; que Taxáandro, sin responderle, se arrojó á él, y co-

metió la baxeza de pedir auxilio á su compañero ; que los desarmó á ambos ; pero que viéndose herido , no pudo montar á caballo , y , falto de fuerzas , cayó en tierra sin sentido. — Mientras así hablaba , llegó el coche que habia yo enviado á buscar ; dile las gracias que merecia ; y sentí que se disponia mi corazon á los afectuosos sentimientos que causaron mi desventura. Y para no molestaros mas , señora , omitiré infinitas menudas circunstancias. Bastará decir , que mi padre recibió á Ariámenes con señales nada equívocas de su estimacion ; que su herida se curó pronto ; que se dedicó á mi servicio ; que le permití que me amara ; y que le di un corazon . . . un corazon ; ay ! que todavia tiene baxo su dominio. Antes de mucho sospecharon los ami-

gos de Taxandro el amor de Ariaménés. Corrompieron á una de mis criadas ; se aseguraron por este medio de nuestro secreto ; y fueron tan iniquos , que lo revelaron. ¡ Qué de males no produjo este fatal descubrimiento ! Enojado mi padre , me desterró á la última habitacion de su palacio , y mandó á Ariaménés que saliese de sus estados antes de tres dias... Ahorrádmeme , señora , la narracion de lo que pasó en nuestra última vista: no me fuera posible pintarós el estado en que nos vimos , sus lágrimas , sus promesas , sus seguridades de fidelidad , y , en fin , los desmayos que precedieron á nuestra separacion. Mi padre guerrea-
 ba , á la sazón , con algunos de sus vecinos. Ariaménés me juró mil veces que pelearia por él , y que lo forzaria , por sus hazañas,

á que nos uniera. Aguardé la verificación de aquellas ofertas ; pero ¡ay de mí! se han pasado dos años sin haber oído hablar de aquel infiel. Mi padre ya no vive ; y su sucesor (mi hermano) quiso casarme con un príncipe, á quien yo aborrecía. Salí sigilosamente de su Corte, acompañada de algunos criados, y de la única criada, que es esta que veis. Recorrí una parte del mundo, y vine á este país, que me han asegurado ser el nativo de Ariaménès. Polenór, el eriado mas hábil que tengo, ha emprendido el dar con él ; pero hasta ahora han sido inútiles sus investigaciones. El nombre que ahora tiene, no es Ariaménès. Fatigada de mis correrías, he resuelto retirarme á un sitio desierto para llorar libremente mis desdichas, y aguardar la muerte que ha de po-

nerlas fin. He encontrado un lugarcito nombrado Twickenham, bastante cerca de aqui; y vengo con frecuencia á gemir junto á este bosquecillo. ” Al concluir Cynecia su historia, se enxugó mucho los ojos, Arabela la dixo cosas de mucho consuelo; la rogó que aceptase un asilo en su casa; y la aseguró de que seria tratada con todo el respeto que su nacimiento merecia. No aceptó Cynecia estos ofrecimientos; pero mostró deseos vivos de estrechar amistad con nuestra heroina, quien por su parte protestó con energía que tambien lo deseaba. La noche separó á las dos heroinas, prometiéndose mutuamente hallarse en aquel mismo puesto la mañana siguiente. Cynecia exigió un secreto inviolable, y obligó á Arabela á no participar aquella aventura á nadie. Deseó

no obstante mucho comunicárselo á Glanville , para probarle el poco fundamento con que la Condesa sostenia no haber princesas errantes ; pero era discreta y prudente , y se resistió á este placer.

CAPÍTULO XIV.

Visita misteriosa.

Con impaciencia aguardaba Arabela el instante de ir á verse con su princesa. A cada momento miraba al reloj con tan conocida inquietud , que Glanville se sorprendió ; y se le aumentó la sorpresa , quando Arabela salió con ayre misterioso , pidiéndole que no la siguiera. Glanville , confusísimo de lo que veía , se escapó por una puerta falsa ; observó que Arabela iba hácia el bosquecillo , y no

la perdió de vista. Pocos instantes despues se llegaron á ella dos damas. (Eran la Princesa, y su asociada, que convidaron á Arabella á narrar sus aventuras.) Nuestra heroina no se hizo de rogar; y fue nombrado Glanville como el mas zeloso y fiel de sus adoradores. Cynecia la felicitó por tener un amante que merecia su estimacion, y manifestó deseos de ver á un hombre tan dichoso. Arabella, que divisó desde lejos á Glanville, la dixo que su curiosidad podia satisfacerse. ¡Vedle cabalmente allí! exclamó señalando ácia él con el dedo. Miró la Princesa á Glanville, dió un grito, y cayó desmayada entre los brazos de Arabella. Corrió Lucía, y ayudó á su ama á socorrerla. Cynecia abrió penosamente los ojos, y los fixó en Arabella. «¡Ah, se-

ñora ! la dixo : no os maraville mi sorpresa y mi dolor : vos sois la amante del ingrato Ariaménes.— ¡Cielo santo !... ¡Qué me decis !... Pero ¿no os engañais ?— ¡Ay, señora ! Nunca padece el corazón tales equivocaciones... Ese á quien llamais Glanville es el Ariaménes que me ha engañado. A dios , señora : me es odiosa su vista en este instante , y voy á librarme de ella para siempre... No temais tener una enemiga en vuestra desventurada competidora , porque nunca podré aborrecer á la sin par Arabela ; y voy á hacer quantos esfuerzos son imaginables para dexar de querer al infiel Ariaménes. «Pronunciando estas palabras , tomó Cynecia el brazo de su confidenta , y huyó con la mayor celeridad. Nuestra heroína , poco noticiosa hasta aquel momento del

estado de su corazón , quedó pasmada de experimentar infinitas sensaciones , cuyos efectos nunca habia conocido. Puso negligentemente la mano sobre el hombro de Lucía , y dió libre curso á sus lágrimas. Glanville , que la oyó sollozar , se arrimó con expresion , y la preguntó el motivo de su pena. Arabela clavó por algun tiempo los ojos en él , sin responderle ; y luego , dirigiéndose á Lucía , la dixo magestuosamente : manda á ese traidor que se quite de mi presencia , y hazle saber , que toda su sangre no basta para lavar la injuria que me ha hecho , ni para minorar mi indignacion ; ” y luego , volviendo la espalda , se retiró á su casa á toda priesa. Maravillado Glanville , quiso ir tras de ella ; pero Lucía se le puso delante llamandolo traidor. “ Esto es

cosa nueva , dixo : ¡Qué demonios quiere esta muchacha !... — Señor, os ruego que me dexeis cumplir con las órdenes de mi ama , porque las voy á olvidar , si no me las dexais decir hasta el cabo: aguardad... traidor .. — Eso ya me lo has dicho. — Sí , señor ; pero ¡ay sangre , y lavado... y que no volvais á poneros delante de ella... porque la sangre disminuida por la injuria que habeis hecho... y lavada por la indignacion... ¡Ay, mi Dios , que todo lo olvidé! — No importa , hija , que iré á buscarla , y acaso sabré... — ¡Oh, no! ¡no hagais eso ! Se enojaria mi señora : voy á suplicarla que me repita lo que me dixo , y volveré á decíroslo. — ¿ Qué tiene tu ama ? Estaba afligidísima. — ¡Oh, si ! pero no me ha mandado que hable de eso : ha llorado muy de cora-

zon , y yo tambien ; mas no sé por qué. — Pues siendo así , vé á buscarla , y vuelve á repetirme sus expresiones , si te lo mandare : en mi quarto estaré. » Aunque impacientísimo Glanville de descubrir aquel misterio , no fué en seguimiento de Arabela , por no representar alguna escena ridícula delante de sus criados ; y procuró proporcionarse una conversacion particular con su prima.

Volvióse Arabela á casa con tanta ligereza , que no pudo alcanzarla Lucía. Metióse en su quarto , y se entregó de nuevo al amargo pesar de verse engañada por Glanville. Sus monólogos eran interrumpidos , y semejantes á los de Mandana y Clelia. Así que entró Lucia , pusosela nuestra heroína á mirar con modo dominante : « ¡No vengas , la dixo , á pedirme el per-

don de un ingrato , á quien todavía echa menos mi debilidad! — ¡No, señora: os aseguro que no! — No vengas á pintarme sus lágrimas, ni su despecho , porque sabe fingir!” Glanville , que habia seguido á Lucia , entró en aquel instante. “ ¡ Os atreveis á poner os á mi vista , habiéndooslo yo prohibido , y con el oprobrio que os cubre! — Prima mia querida , ¿qué reproche teneis que hacerme? ¡Por Dios que no me dexeis en el estado cruel en que me habeis puesto! — Preguntad á Ariaménos qual es el delito de Glanville : quien engañó á Cynecia puede responder á la pregunta que hace el traidor amante de Arabela. — Os juro , prima , que no entiendo una palabra de lo que me decis. — No abusareis mas de mi credulidad... Temblais al oír el nombre de Aria-

ménes, y no podeis escuchar sin confusion el de Cynecia. — Decidme qué significa esto: ¿qué tienen que ver conmigo Ariaménes, y Cynecia? — ¡Falso! ¡Finges ignorar tu crimen! ¿Crees que Ariaménes pueda ser un pérfido, y Glanville un amante fiel?” Glanville, que no la habia oido nunca delirar tan ridiculamente, creyó, de buena fé, que habia perdido el juicio: miróla con la mas tierna compasion; y Arabela le dió á entender, con una seña, que se fuera. “No puedo dexaros, amada prima, sin justificarme: nada he hecho que pueda desagradaros, y quisiera que os explicerais claramente, para que me fuese posible sacaros del error en que estais.” Arabela, que hasta aquí habia luchado con los movimientos de su corazon, no pudo ya refrenarse

mas : reiteró á Glanville la órden de irse ; y luego se arrojó sobre un camapé soltando la rienda al llanto. Glanville , verdaderamente enternecido , se arrodilló delante, la tomó una mano , y se la besó.

« Mi muy amada prima , decidme, en el nombre de quanto mas os importa en este mundo , qué es lo que os aflige... ¿ Soy yo la causa de vuestro amargo sentir ? ¡ Píadosos cielos ! ¿ Habré yo podido ofenderos ? .. Hablad , prima mia... ¡ dadme á conocer mi delito , y despues muera yo á vuestros pies para expiarlo ! — ¡ Pérfido ! ¡ te atreves á persuadirte que pueda ser perdonada la ingratitud de Ariaménes ! ¡ No , no ! ¡ Nunca mas recibiré los homenages de un corazon que debe ser de Cynecia ! Mas haré : la vengaré del inhumano Ariaménes. — ¡ Pero , señor , ¡ quién

diablos son ese Ariaménés, y esa
 Cynecia! ¿Por qué, si ellos son
 los delinquentes, he de padecer yo
 el castigo?... ¡Por los cielos que
 no atormentéis vuestra imagina-
 cion!... Os certifico que Ariamé-
 nes y Cynecia son dos seres qui-
 méricos. — El crimen de Ariamé-
 nes, y el de Glanville son uno
 mismo; el uno se ha hecho indig-
 no de la princesa de las Galias; y
 el otro merece el desprecio de Ara-
 bela. ¡Salid de mi presencia, y no
 me ofrezcais mas vuestro amor!
 ¿Para siempre os destierro del co-
 razon mio! — ¡Ay, prima! por
 Dios una palabra... una palabra
 no mas... ¿Quién es ese Ariamé-
 nes?... ¿Soy yo?... Os han en-
 gañado seguramente... Decidme,
 prima mia, que os lo suplico con
 ansia... decidme... ¿Soy yo Aria-
 ménés?

CAPÍTULO XV.

Cosas muy serias, que llevarán al lector á otras mas importantes.

Atolondrado quedó Glanville, y, por mucho tiempo, en la misma postura en que lo habia dexado Arabela. Retiróse á su quarto, y recapituló, á sangre fria, quanto su prima le habia dicho. Embarazábalo mucho la ambigüedad de su estilo; pero aquel Ariámenes, en quien estaba tan evidentemente figurada su persona, le suscitó sospechas de que alguien hubiese imaginado algun medio novelesco para ponerlo mal con su prima. Acordóse de la historia del príncipe Veridomér, de las cartas, y de las conversaciones de Jorge

Belmúr, y llegó á persuadirse de que no podia ser otro que él. Animado con su sospecha, se puso á pasear distraidamente; juró vengarse; maldixo las novelas; y se despechó contra sí propio, viéndose chasqueado por un competidor, cuyas astucias y estratagemas conocia mucho tiempo habia. Su determinacion primera fue ir á buscarlo, y hacerle confesar lo hecho; pero luego reflexionó que no lo encontraria; que verisimilmente estaba en Lóndres: y, acaso, oculto en Richemont. Dió á creer á su prima que iba á ausentarse para no volver sin las pruebas de su inocencia. Presentóse con botas puestas; pasó por debaxo de las ventanas de Arabela con Roberto, mayordomo de su padre; se alejó algunas millas; y despues, entrando en el parque por una puer-

ta cuya llave tenia , se introduxo en su quarto , sin ser visto de nadie. Arabela, tan agitada como antes , meditaba en la infidelidad de su amante , en la desesperada situacion de Cynecia , en la funesta perspectiva de nunca ser dichosa , y en las heroínas que se habian encontrado en situacion igual á la suya ; y , por fin , se acordó de que Mandana habia equivocado á Espitridates con Cyro. Esta observacion importante la volvió á llevar á las inmediaciones del bosquecillo , donde se encontró con la señora *** y sus dos hijas , quienes la convidaron á ir á pasearse con ellas á Twickenham. Nuestra heroína se excusó por lo pronto ; pero acordándose de que era la residencia de la princesa de las Galias , accedió á acompañarlas. Glanville se lo habia

confiado todo á Roberto, quien le avisó que Arabela iba hácia Twickenham, y recibió la órden de no perderla de vista ni un instante, de observarlo todo, y de referirlo puntualmente.

CAPÍTULO XVI.

Incidentes extraordinarios.

Impaciente estaba Glanville aguardando á Roberto. Habíase ya puesto el sol. Una de sus ventanas daba al parque, y en ella contaba los momentos, y empezaba á inquietarse sobre lo que podría haber sucedido á Arabela, quando le pareció que la divisaba en uno de los paseos, cubierta con su velo. Un instante despues salió Belmúr de entre unos árboles, y

se la echó á los pies. Arrebatado por la cólera Glanville, tomó su espada, y corrió al parage donde estaban. La tapada con el velo fue quien primero lo alcanzó á ver, pidió auxilio, y se pasó al mismo parage de donde habia salido Belmúr. Glanville, sin consideracion al lugar, ni á la presencia de su prima, dixo á Belmúr que se defendiera, y, arrojándose á él, lo pasó de una estocada.

Disipóse la cólera de Glanville al ver á su competidor herido; tiró la espada; lo sostuvo; y le suministró quantos socorros pudo. La que habia huido vino á ellos, y se halló, con pasmo de Glanville, que era Carlota. Penetrado de doloroso arrepentimiento, miró á su hermana, y la hizo vivísimas reconvenciones. Jorge Belmúr tenia aun bastantes fuer-

zas, y no miró con indiferencia lo que pasaba á su inmediación; y así, pesaroso de la inquietud de Glanville, y agradecido al generoso cuidado con que lo trataba, le dixo: " Querido Glanville, sois sobradamente bueno: he obrado mal con vos, y merecido morir á vuestra mano: si vivo lo preciso para destruir las conseqüencias del golpe que os he dado, nada se me dará de no vivir." Desmayóse entre los brazos de Glanville. Carlota no estaba capaz de socorrerlo; y crecieron sus gritos y lágrimas quando vió á su amante sin conocimiento. Iba Glanville á buscar á un Cirujano, á tiempo que se encontró con Roberto, quien le notificó que la vida de Arabela estaba en el mayor peligro; que la habian llevado á su casa sin sentido; y que continuaba en el mismo mal estado.

Aunque se alteró hasta lo sumo Glanville , no por eso desatendió á Belmúr: reveló á Roberto lo que acababa de pasar ; le dió ordenes convenientes ; y voló á la habitacion de Arabela. Acababan de acostarla sus mugeres. Arrimóse Glanville á ella , y la encontró con una calentura formidable. Envió á buscar medicos á Lóndres , y dió parte á su padre del peligro que la amenazaba. Cumplió fielmente Roberto con las órdenes de Glanville, y le advirtió que los Cirujanos no graduaban de mortal la herida de Belmúr ; pero como el corazon de aquel hombre amable estaba tan combatido , no pudo entregarse á la alegria. Quedóse en la antecámara de Arabela , aguardando , con impaciencia suma , la llegada de su padre , y de los medicos. Llegaron. Glanville los acompañó á la alcoba

de su prima , y juzgó , por sus gesticulaciones y palabras ambiguas , que la deshauciaban. No obstante , le dieron algunas floxas esperanzas , y aconsejaron que la dexasen sola , porque necesitaba de reposo. Mientras los medicos estaban ocupados con Arabela , contó Roberto al Baron el desafio de su hijo. El pobre viejo , acometido de dos acaecimientos tan fulminantes , no podia volver en sí ; pero se esforzó á consolar á su hijo con tiernas expresiones ; y despues pasó á casa de Belmúr , donde vió á su hija llorosa , y consternada. Esta , poco cuidada de su prima , solo la habia acompañado el tiempo preciso que se tardó en curar las heridas á su amante. Belmúr , asombrado con la cercanía de la muerte , le tomó una mano al Baron ; hizo una confesion sincera de sus faltas ; y le ase-

guró de que si deseaba vivir era solo para que le dispensase la honra de ser su yerno. Deseaba mucho el Baron saber el origen de la querella ; pero , por justo miramiento , no hizo pregunta alguna. Hecha , pues , una corta visita , dexó á Belmúr descansar , é hizo una seña á su hija para que lo siguiera. Sin duda que el lector no caerá facilmente en cómo Belmúr y Carlota se encontraron juntos en el parque ; y por qué accidente cayó Arabela tan inesperadamente enferma. Esto es lo que se aclarará en el **Capítulo siguiente.**

CAPÍTULO XVII.

Explicaciones necesarias para la inteligencia de los dos Capítulos precedentes.

Para cumplir con lo prometido, abandonaremos, por algunos instantes, á Arabela, casi moribunda, y la transportaremos al paseo en que se hallaba, quando Glanville nos precisó á dexarla.

Nuestra heroína, unidamente con sus dos compañeras: (después de haber atravesado el Tamesis en un barco) se paseaban á las orillas de este rio. La señora *** y sus hijas hablaron mucho de cintas, de encajes, de modas nuevas, de las mejores modistas &c. Arabela, poco divertida con su conversacion

las pidió permiso para ir á informarse de una incógnita desgraciada, que la habia movido mucho á compasion. La señora *** en extremo curiosa, quiso acompañarla, con pretexto de humanidad, y anduvieron largo tiempo sin cierto destino. Arabela buscaba las sendas menos trilladas, con la esperanza de que la llevarian al lugar solitario en que suponía que habitaba Cynecia. Era ya la caída de la tarde: la señora *** quiso volver atrás, y miró su reloj con desasosiego. "Estais inquieta, la dixo Arabela: ignoro el motivo de vuestra inquietud... ¿Teneis algun aviso de que...?" En el mismo instante en que se abandonaba á lo impetuoso de su imaginacion, alcanzó á ver á muchos hombres que iban á sus haciendas. Primeramente hizo sus efectos el temor: pero

luego, entregada á su resolucio-
 echó á correr desafortadamente há-
 cia el rio. Sus tres compañeras par-
 ticiparon maquinalmente de su sus-
 to, y la siguieron. Arabela, cre-
 yendose ya segura, se paró, y di-
 xo, con sosegado ademan; " De-
 mos gracias á la Providencia divi-
 na, que nos proporciona un me-
 dio heroyco para librarnos de este
 peligro. Podemos inmortalizarnos,
 y adquirir una gloria igual á la de
 Clelia: hagamos, para libertarnos
 de aquellos raptores que veis, lo
 que hizo dicha romana ilustre pa-
 ra sincerarse de los ultrages de
 Sexto: si amais vuestro honor; si
 aspirais, como yo, á una gloria
 inmortal, imitad el exemplo que
 voy á daros. " Acabada esta ex-
 hortacion, se precipitó en el Ta-
 mesis para pasarlo á nado. La se-
 ñora *** y sus hijas dieron desen-

tonadas voces. Roberto, testigo de aquella extravagancia peligrosa, llegó á buen tiempo para socorrerla: tiróse al agua; asíóla por la ropa, y la condujo á la orilla, con todos los síntomas de la muerte. Aparecióse á la sazón por allí un barco; llamaron al barquero; y éste pasó á todos á la otra orilla. Estaba todavía léjos el parque; pero el honrado Roberto cargó con Arabela, y tuvo suficiente vigor para ponerla en su casa, donde empezó á dar señales de vida. Resta informar al lector de lo que puede parecerle obscuro en la otra aventura. Carlota habia salido tarde de Lóndres, con intencion de pasar toda la noche con su prima. Al llegar á Richemont vió á una de las criadas de Arabela, llamada Débora, hablando con un hombre disfrazado, que conoció

luego ser Jorge Belmúr. Despertáronse los zelos , y sospechó al instante que las gracias de su prima habian podido mas que las suyas. Pasó en revista la conducta de Belmúr , y se persuadió á que la habia chasqueado , por ser Arabella el verdadero objeto de su amor. Presentaronsela en la imaginacion mil ideas de venganza. Llamó á Débora , y la asustó con sus miradas y preguntas. „ Engañas á tu señora , la dixó , y te entregaré á su resentimiento , si dudas un solo instante hablarme la verdad. „ Aterrorizada la doncella ; confesó que Belmúr la habia dado mucho dinero ; que lo veia con freqüencia , y le informaba de quanto podia importarle ; que , en aquel mismo dia , la habia suplicado que le proporcionase una conversacion con su señora ; y que , sabiendo que Glan-

ville estaba ausente, le habia ella introducido en el parque, donde ciertamente la encontraria. “ ¡ Y qué! replicó Carlota agitadísima; ¡ Está Belmúr en el parque aguardando á mi prima! — Si señora; pero iré á decirle que no espere mas. Si os dignais de perdonarme, os protesto que será esta la ultima vez que la hablaré.” Carlota, que habia ya resuelto, no solamente prometió á Débora el perdon, sino una recompensa, con tal que la procurase una conversacion con Belmúr, baxo el nombre y vestido de Arabela. La moza la aconsejó, sin vacilar, que se pudiese uno de los velos de su ama, y que no fuese á encontrarlo hasta muy caida la tarde. Prendadísima Carlota de la estratagema, se felicitó de tener ya un medio seguro para convencerse de la perfidia

de su amante, y reprochársela, sin que pudiera justificarse.

Débora la indicó el parage en que Belmúr estaba oculto; fue luego á traer un velo; y Carlota aguardó, con impaciencia, á que cayera mas la tarde para ir á buscarlo. Acababa Belmúr de ponerse á los pies de Carlota; y aun no habia dicho la quarta parte de lo que estudiado traia, quando llegó Glanville á interrumpirlos del modo que ya hemos contado.

CAPÍTULO XVIII.

Cortísimo, y muy importante.

Aumentóse la calentura de Arabela tanto que los medicos desconfiaron de sacarla adelante; y aunque la herida de Belmúr no

era mortal, la mucha pérdida de sangre constituía su estado peligrosísimo. El Baron, temeroso de las consecuencias de aquel duelo, aconsejaba á su hijo que se ausentára del reyno; pero Glanville protestó que moriría antes que abandonar á Arabela. Por desdicha su lance se habia extendido, y podia llegar á hacerse serio. El pobre padre, además de sus miedos, tenia que consolar á sus dos hijos, y lo afligian con igualdad así la desesperacion del uno, como el silencio de la otra. Arabela tenia sus instantes de sosiego, que consagraba á Dios con devocion muy exemplar. Su constancia y resignacion eran una prueba evidente de la elevacion de su espíritu. Quiso ver varias veces á Glanville; nunca le habló mas que de las verdades de la religion; y le rogó

que la proporcionára un eclesiástico ilustrado que la dispusiera á morir. Eligió Glanville al sabio Cura L **** quien, dos veces al dia, iba á darla santos y piadosos consejos. Una crisis dichosa, unida al arte de los medicos, desterró la calentura; pero habia hecho tanto estrago, que todavia no daba lugar á la esperanza. El Cura L ****, prendado de la virtud, de la firmeza, y del valor de Arabela, la miraba con estimacion, y apego. Empleó quantos buenos oficios estaban en su mano, en calidad de consolador espiritual; oró mucho á Dios por ella en la cabecera de su cama; y sostuvo, lo mas posible, aquella magnanimidad que promovia su admiracion. Ya que empezó Arabela á convalecer, la enteró de la sensacion general que habia causado en Richemont su despecho; y

la suplicó que lo instruyese de los motivos que la habian determinado á quitarse la vida. Arabela contestó diciéndole , que , hallándose en unas circunstancias semejantes á las de Clelia , habia querido imitarla atravesando el Tamesis á nado ; añadió que el deseo de ilustrarse la habia sugerido aquella idea ; racionó juiciosamente sobre el amor propio ; condenó al suyo ; y así sorprendió al Cura por la fuerza de sus razonamientos , como por la singularidad de sus quimeras. Creyó éste , por algunos momentos , que todavia deliraba ; pero , visto el orden que llevaba en lo que decia , y lo terco de sus expresiones , se desengañó de que no era así. No pudiendo , pues , comprender cómo podian conciliarse tanto juicio con tanta ridiculez , fué á ver á Glanville , le

dió parte de sus observaciones , y acabó diciéndole , que no habia conocido persona ninguna mas difícil de definir. Glanville pidió al Cura que lo acompañara á su quarto. Allí le explicó de que procedian las contradicciones ; le pintó los efectos que habia producido en su prima la lectura de las novelas heroicas ; lo conmovió por la narracion de sus extravagancias ; y le hizo formar el proyecto de desprender la benda fatal , que tenia ante los ojos aquella estimable visionaria. Muchas gracias le tributó Glanville ; y le suplicó que aguardara , para dar principio á la curacion , á que su salud estuviese mejor restablecida. El riesgo de Arabela habia impedido á Glanville el atender á Belmúr , y ceñídolo á enviar dos veces al dia á saber de su salud , sin haberlo podido visitar

aun. Y así que los medicos declararon que su prima estaba fuera de peligro , no consideró cosa mas urgente que el cumplimiento de aquella obligacion. Belmúr le tendió los brazos : contó de buena fé los medios de que se habia servido para suplantarle ; y acabó pidiendole el olvido de todo. Glanville exigió unicamente de él que desengañase á Arabela de lo concerniente á la princesa de las Galias ; despues de cuya formal promesa se hicieron reciprocamente las protestas mas amistosas.

CAPÍTULO XIX.

Lo da el Autor por el mejor de la obra.

Ocupabase seriamente el santo Cura en discurrir los medios de sacar á Arabela de sus errores. Así que ésta se halló capaz de sostener una conversacion algo larga, la hizo á la memoria lo que le habia dicho relativo á Clelia, y la demostró, con toda la claridad y honradez posible, que su accion no solamente era contraria á las máximas de la religion, sino tambien muy oportuna para que la graduáran de extravagante. Arabela, mas dispuesta ya á defender sus opiniones, que quando padecia, probó por sus principios, que la religion no prohibia el deseo de

ilustrarse ; que el heroismo se fundaba sobre la virtud ; y que era injusto reprehenderla una accion semejante á la que se admiraba en una heroína aplaudida por todos los historiadores. Escuchóla el Cura con mezcla de admiracion , de lástima , y de respeto. La costumbre contrahida de sujetar su dictamen le fué inutil para con Arabela. Conoció que tenia una lógica conseqüente ; que era peligroso concederla un principio ; y necesario combatirla con sus armas propias. Esto resolvió. Arabela estaba como aguardando deseosa la respuesta del Cura. Este lo conoció , y la habló así:

“ Aunque es harto difícil , señora , no escuchar con atencion lo que decis , no he podido , mientras hablabais , dexar de llevar mis ideas , acompañadas de una suer-

te de lástima , hasta la desgraciada ceguera de los hombres , y hasta las consecuencias , casi siempre falsas , que sacan de los principios que se les pegan. — Ignoro , señor Cura , sobre que cae vuestra reflexión , si habla conmigo , ó si es resultado de un momento de distracción : hasta ahora nada me ha cegado : me han sucedido muchas desgracias ; pero como inferiores á las sucedidas á personas superiores á mí por la dignidad y el nacimiento , han servido siempre para consolarme ; algunas veces me han envidiado , y he podido ser aborrecida ; pero no juzgaba yo que se me llegase á mirar como un objeto de lástima. ” Advirtió el Cura que tomaba mal camino , y volvió sobre sí diciendo : “ No es de admirar que hayais tenido envidiosos , habiendo la naturaleza reuni-

do en vos quantos bienes pueden desearse; pero ser aborrecida, cosa es que no alcanzo á creer, á pesar de la experiencia que tengo de que los hombres se inclinan á no amar á los que los aventajan en perfecciones. — Os declaro, señor Cura, que no me ha picado vuestra primera proposicion; y así no procureis paliarla con lisonjas: vuestro caracter se opone á ello: vengo de las puertas de la eternidad, donde todas las clases y estados se confunden, y no he dado todavia con aquella ligereza que hace los cumplimientos preferibles á las instrucciones: si habeis descubierto en mí alguna cosa corregible, os ruego que aparteis á un lado esa urbanidad, que podria privarme de vuestros consejos, y que me hableis con el corazon en la mano. Un hombre como vos so-

lo ha de tener por horroroso al vicio ; y la virtud desgraciada debe causaros compasion , y no merecer vuestra censura. Exercitad en mí la autoridad que os da vuestra edad y estado , que os prometo docilidad. ” Algo embarazado el Cura , meditó álgunos instantes su respuesta. “ Ya veo , señor , que dudais de lo que os digo.... bien está : para poneros , pues , en el caso de que obreis libremente , os dispenso de — Vuestra imaginacion , señora , corre demasiado: congeturais lo que debo pensar , y esto es raciocinar sobre una suposicion.... Quando os di parte de mis reflexiones sobre la ceguedad y miseria humana , en general , estaba yo lejísimos de teneros por objeto de lástima. Qualquiera que os conozca ha de convenir en que poseeis quanto se necesita para ser

completamente dichosa : pero tambien en que os forxais inquietudes y terrores, de que está exênta hasta la misma ignorancia. — Con dificultad concibo , señor Cura , por qué exceptuais á la ignorancia de inquietudes y de terrores ; yo creia , al contrario , que debia ser timida, pues careciendo de las necesarias noticias para precaver los riesgos, debia , por lo mismo , carecer de recursos para evitarlos. — No digo , señora , que esté exênta de verdaderos males , sino que lo está de los resultantes de la imaginacion; porque no supone cosas extraordinarias ; no vé raptos en gentes que caminan sosegadamente ; y no se arroja al agua para imitar á Clelia. — ¿ Con que opinais , señor Cura , que me asusté sin motivo? — Lo cierto es señora , que nadie tuvo gana de robaros. — Un Eclesiás.

tico, señor, ha de ser tan veraz, que no asegure cosas dudosas: me parece que tan probable es el que os engañais, como el que yo.—Atended, señora, á que nuestra conversacion es una conferencia, y á que es menester que haya relacion directa entre las respuestas y las preguntas.—Lo sé: os he preguntado ¿si creiais que me asusté sin motivo? respondisteis positivamente que sí; y sobre esto hice una reflexion relativa á mi pregunta, y á vuestra respuesta. Suele ser á veces permitido juzgar por las apariencias; y ciertamente las habia de que los que tomais por caminantes fuesen raptores.—¿Qué, señora! ¿Persistis en esa descabellada opinion! — Nada se refuta con epictetos, señor Cura: teneis que probar, que entregándome á mi temor, fundado, ó no, hice un absur-

do.— Os confieso, señora, que siento repugnancia á disputar con vos, no porque tema ser vencido, sino porque acostumbro á hablar á mis discípulos con aquella dureza de expresiones que la filosofía permite; y temo, en el calor de la conferencia, faltaros al respeto que os debo... Si quereis disimular lo que pudiera decir, os probaré seguramente que os asustasteis sin motivo.— Por muy cara que la verdad se compre, señor Cura, es varata: lo disculparé todo; y os ruego encarecidamente que entreis en materia.— El miedo de un mal futuro, señora, ha de ser proporcionado al peligro, y éste se calcula, ó por la comparacion, ó por las probabilidades: juzgamos de lo futuro por lo pasado, y solo debemos amedrentarnos quando vemos presentes las mismas causas que produxeron

qualquiera mal. Quando un Capitan de navio , en una calma total, vé que se levantan nubes , aguarda una tempestad , y la opone todos los recursos de su arte. Quando un Soberano levanta un ejército , sus vecinos se mueven , y se preparan para no ser sorprendidos. Digo , pues , que son necesarias causas , cuyos efectos sean conocidos para hacernos temer un riesgo ; y nada advierto en unos viajeros que no os dixeron cosa alguna , y que solo divisasteis á lo léjos , capaz de producir un terror semejante al que os puso á pique de ahogaros , que es quanto hubierais podido hacer en el caso de haber intentado con vos alguna violencia. Fuera de esto , ¿ha sucedido jamas que una persona de vuestra clase haya sido acometida casi publicamente en presencia de otras

tres mugeres? Cabe en la imaginacion que un hombre sea tan temerario que se exponga de este modo al suplicio, ó á la infamia? ¿Vense suceder cosas semejantes? ¿Hay en Inglaterra un solo exemplo de un raptó de esta especie?—Vuestras interrogaciones, señor Cura, se multiplican de manera, que necesito responder á ellas. Mi nacimiento no me puede preservar de las empresas de un temerario, pues aun las hijas de los mayores Monarcas no han estado exéntas. Si los que juzgué raptóres no lo eran en efecto, (porque sobre este punto rueda la diferencia de nuestras opiniones) privada de auxílios, y sin un criado que me defendiera, ¿quién los hubiera impedido ponerme sobre un carro; llevarme á un desierto obscuro; encerrarme en un castillo circundado de bosques y montañas; ó

en fin, abandonarme en alguna isla desierta? — Os protesto, señora, que tales proyectos hubieran tenido por obstáculo la imposibilidad. No hay en Inglaterra lugares incognitos, castillos desiertos circundados de montañas y bosques, ni islas que no esten habitadas; y, ademas, estais en la parte mas segura del reyno; y no es ciertamente aquí donde un raptor buscaria... — Señor Cura, nada se prueba negando, y es menester, para destruir una probabilidad, oponer otra mas fuerte. Puede afirmarse que hay un castillo en tal parte, quando se ha visto; pero no se puede asegurar que no lo hay, porque no se ha visto. ¿Puedo creer que la faz del globo terraqueo se haya mudado desde aquel tiempo en que ilustres heroínas experimentaron tantas desventuras? Las for-

talezas (lo confieso) pueden ser destruidas por el tiempo ; pero los lagos , selvas , cavernas y bosques siempre deben subsistir , y los hay indudablemente que vos no conocéis. Y si son menester exemplos, ¿ porqué no he de temer ser llevada como Clelia á una isla del lago de Trasimene? ¿ Por qué no he de temer ser robada , como Candaza , Reyna de Etiopia , por unos piratas , y correr los mares contra mi voluntad ? No puede acaecerme el mismo accidente que envenenó la vida de Cleopatra ? No puedo temer las persecuciones que hicieron tan desgraciada la de Elisa? Finalmente , no puedo temer los infortunios de Olimpia , de Bellamira , de Parisatis , de Berenice , de Almazonta , de Agiona , de Albicinda , de Placida , de Arsioné , de Deidamia , y de infi-

aitas otras que os nombraria , si
fuese necesario? — Los mas de los
nombres , señora , de que habeis
formado vuestro catálogo no han
llegado á mi noticia ; conservo al-
guna idea de haber visto los otros
en las obras cuya lectura suele al-
guna vez permitirse á los jóvenes
para recreo de sus imaginaciones;
pero no puedo ocultaros lo que me
sorprende verlos representar un pa-
pel serio en una conversacion co-
mo la nuestra. Habeis censurado
uno de mis epitectos porque no lo
encontrasteis delicado; y yo debe-
ria quejarme , con mas razon , de
que oponéis á mis opiniones fáb-
ulas , dadas á luz por escritores des-
preciables , para corromper el co-
razon y el entendimiento , y cuyo
mal fin , no obstante , malograron
por lo excesivo de sus absurdos.—
Pues yo , señor Cura , he apren-

dido en esos libros (que conoceis tan poco , y que , sin embargo , criticais) á no retractarme de las condiciones que he propuesto. No censuraré , pues , la licencia de vuestras expresiones , que necesariamente deben pasar á los lectores desde los libros. He leído , señor Cura , esas obras absurdas , peligrosas y corrompidas , y creo que ni han perjudicado á mi juicio ni á mi virtud.” — El Cura , á pesar de ser buen lógico , no habia antevisto esta consecuencia : Era , pues , aquel el caso de ceder , y lo hizo con el modo más respetuoso : “ os aseguro , señora , que dais á mis palabras un sentido en que no he pensado : avergonzado estoy de haberme excedido , y pido , que me perdoneis estos instantes de acaloramiento.— La satisfaccion que dais , señor Cura , es superior á la ofen-

sa ; y fuera de esto , siempre es apreciable quien tiene fuerza en su ánimo para convenir en que faltó. Tengo , con todo , muchas penitencias que imponeros , porque soy algo vengativa. La primera es, probarme que las historias que conde- nais son ficciones ; la segunda , que son absurdas ; y la tercera , que son peligrosas.” Contentísimo quedó el Cura de reconciliarse , á costa de semejantes condiciones , con una persona á quien verdaderamente queria , estimaba , y veneraba. “ Voy , pues , dixo , á cumplir mi primera penitencia ; pero os confieso que estoy maravillado de verme con la sentencia de probar una cosa , que jamas se ha mirado como sujeta á duda. Verisimilmente sabreis quienes son los autores de los libros de que tratamos.— Si , señor: son franceses del inmediato pasado

siglo : no me pico de puntualidad en las fechas ; pero creo que pueden fixarse las de los sucesos que refieren á unos dos mil años antes sobre poco mas ó menos.— ¿ Y cómo llegaron esos sucesos á los tales escritores ? — Por medio de actas , de memorias , de monumentos y de historias antiguas.— ¿ Pero cómo puede ser que esas actas , memorias , monumentos , é historias antiguas hayan estado sepultadas hasta el pasado siglo ? ¿ Quién las puso en manos de esos franceses ? ¿ Dónde estaban depositadas ? ¿ Por qué han dado unicamente con ellas los escritores oscuros ? ¿ Cómo se perdieron , en fin , de tal manera que nadie ha tenido de ellas conocimiento ? ”

Arabela , pasados algunos momentos de meditacion , hubo de confesar que las preguntas eran difi-

eiles de responder : convino en que los autores deben indicar las fuentes de donde sacan las noticias históricas : y tuvo , además , por suficiente esta primera prueba ; y le suplicó que pasase á la segunda.

» Teneis , señora , lo estoy viendo , un juicio sanísimo , y no podeis resistiros á la evidencia ; y teneis tambien un carácter muy veraz , que no os permite negar vuestro convencimiento. Emplearé , pues , los argumentos que me quedaban aun para este punto primero , en demostraros lo absurdo de dichas obras , que es nuestro segundo. . . Son , pues , ficciones.— Esperad un poco , señor Cura : ; no confundais una suposicion , acaso momentanea , con una cosa irrevocablemente concedida ! Me guardaré bien de creer que una cosa no es , porque no puedo probar que es. Co-

mo los raciocinios para convencer deben estar ligados , acaso encontraré en vuestra segunda prueba motivos de persuasion para la primera.— Pues que me volveis , señora , á nuestra primera cuestión, hacedme el gusto de decirme sobre que fundais vuestra opinion de que los libros de que hablamos pueden ser verdaderos : convenis en que las objeciones en contra son fortísimas ; quedará , pues, demostrada su falsedad , siempre que no haya razon alguna que les sea favorable.— Juzgo , señor Cura , que toda narracion que no se refuta por sí misma con sus absurdos , puede ser creida. El amor al aprecio y á la estimacion está harto generalmente arraygado en el humano corazon ; y si naturalmente no lo está , lo adquiere , á lo menos , por la experiencia y la razon. Nadie

gusta de ser engañado, y por eso se desprecian los engañadores. Y qué hombre querría verse universalmente abominado por mentir al público? Probadme que puede tenerse interes en ser falso, ó dexadme creer que las relaciones en general son verdaderas.— Puede creerse, señora, á un escritor que haya hecho las investigaciones convenientes para decir la verdad, deseoso de ser creído; pero ciertamente que no era ésta la intencion de los autores de que hablamos.— Os engañais sin duda, señor Cura: un autor que no escribiese para ser creído, no tendria objeto. ¿ Qué placer puede disfrutarse en recitar hechos, que nunca han sucedido? El objeto de la historia es instruirnos de los progresos del corazon humano, y presentarnos modelos que imitar, ó de que huir.

Quando oimos decir algo que nos admira, profundizamos sobre si ha de creerse; cesa nuestro interes quando hay duda; y con mucha mas razon quando hay mentira. Probadme, pues, las tres cosas de que hemos convenido, y os prometo, no solamente olvidar mis libros, sino tambien mirar á los que los hicieron como impostores que me engañaron indignamente. ¡ Ah! Quanto me pesaria entonces el tiempo que hubiese perdido!— Shakespeare, señora, llama al volver en sí, *el hijo de la integridad y del honor*: no me debo maravillar del generoso partido que tomáis: pinta vuestra alma, y me irrita contra esos autores que os robaron un tiempo de que sois capaz de hacer tan buen uso.... Es necesario, no obstante, considerar que la ficcion no siempre ofende á la verdad. Tenemos

un escritor admirable, que baxo el nombre de novela, supo dar sólidas instrucciones, y trasladar á las almas de sus lectores una piedad muy austera; y sirviéndome de la expresion de un hombre de talento, enseñó á las pasiones á obrar baxo el mando de la virtud. Las fábulas de la Fontaine no se hicieron para ser creidas, y contienen, á pesar de eso, mucha sabiduría, y una moral purísima.— Las fábulas, señor Cura, son cosas increíbles, porque el absurdo se manifiesta por sí mismo: es evidente que los animales no se explican como los fabulistas fingen, y que la verdad se envuelve en sus poemitas para hacerla mas agradable; tienen un objeto: es verdad; pero no hay instruccion en historias contadas con la magestad histórica, si son falsas.— Pues voy á convence-

ros, señora, de que las de que me habeis hablado tienen este carácter; y veo, con gran placer mio, acercarse la hora de su destierro. Decidme, os suplico, ¿qué medio se debe emplear para la aprobación, ó refutación de un asunto oral ó escrito? — El de compararlo con otros testimonios; combinar las relaciones de las cosas: y, en fin, exâminar si todo es probable, y está ligado necesariamente. — No pido mas, señora. Comparad, pues, las novelas francesas con las historias antiguas: en aquellas encontrareis infinitos nombres, de que los historiadores no hablaron jamas; en ellas vereis que vuestros autores dividieron à su arbitrio la superficie del globo; que crearon palacios, y aun monarquías, en todas las partes en que las necesitaron para componer sus cuentos:

los vereis mandar á la naturaleza como mágicos ; y distribuir , por donde les da la gana , rocas , montañas , desiertos , lagos é islas ; y los vereis producir selvas deliciosas , bosques , cascadas é inundaciones : ved ahí las máquinas con que han forxado esas historias , que habeis creido verdaderas.— No llevais intencion de engañarme , señor Cura : conozco que mi causa es insostenible : no argumenteis mas sobre este punto , y probadme que las tales historias son absurdas.— La qualidad mas peligrosa de la mentira , replicó el sabio Cura , es la de parecerse á la verdad ; y unicamente se la puede refutar por la falta de relacion que tiene con los hechos conocidos. No hay cosa mas facil que fabricar una historia , y hacerla gustosísima , si se permite á la imaginacion servirse de los me-

dios empleados en los teatros para la representacion de las piezas, como figurar un bosque espeso para esconder á un delinqüente, sacar triunfante á la virtud, y darla un trono imaginario por recompensa... Me acuerdo que quando dieron la enhorabuena al Ariosto por la magnificencia de sus palacios, contestó diciendo que la arquitectura de los poetas costaba poquísimo.... Pero volvamos á lo absurdo que he de demostrar. ¿ Puede haber cosa que lo sea mas que el encontrarse dos habitadores de las extremidades del mundo para tener algunos momentos de conversacion; que el dar á un solo hombre la fuerza de mil: que el hacer dependiente la suerte de un ejército de un gesto, de una mirada, de una sonrisa; y, en fin, el representar objetos conocidos baxo una forma que

nuestra experiencia desmiente? El triste efecto de estas ficciones sobre las tiernas almas es cegarlas, hacerlas temerarias, y retardar los progresos de la razon.... Puede pasarse una vida larguísima sin ningun acaecimiento maravilloso. El órden establecido en las diferentes sociedades es causa de que las cosas sucedan con bastante regularidad. El valeroso, el cobarde, el fuerte, el débil, el hombre de talento, y el necio, todos son arrastrados por una corriente, que llamo uso. Son estimados los unos, despreciados los otros; y todo ello se verifica tranquilamente."

Arabela, que habia oido al Cura atentamente, se aprovechó del primer instante de silencio para hablar á su vez. "Estoy inclinada á creer que vuestra mucha aplicacion os ha quitado adquirir aquel uso

del mundo en que estaban muy versados los autores que criticais. No tengo todavia mucha experiencia, pero he advertido que la vida está sujeta á muchos accidentes, y que diariamente suceden cosas nuevas é imprevistas, . . . : Teneis en nada, por exemplo, mi aventura? ¿No debe clasificarse en los sucesos ordinarios el que una muger, perseguida por un malvado, se precipite en un rio huyendo de él?— Señora, dixo el Cura con gravedad, no ha de darse como argumento un hecho, que es el objeto de nuestra conversacion, y sobre el que pensamos diferentemente.

» Arabela se sonrojó, no intentó disculparse, y volvió al Cura la libertad de continuar. » ; No creais, señora, que pretenda yo ejercer superioridad alguna, rogándoos que sometais á mi decision, si los

libros de que hablamos pintan bien ó mal el teatro del mundo! Careceis de experiencia; y es la única ventaja que tengo sobre vos. . . . Mucho tiempo ha que vivo, y que ocupo un empleo público: mi obligación ha exigido que estudiase los caracteres de los que tenia que instruir: ni soy rico, ni pobre, y, de consiguiente, he podido entrar en todos los estados. Digoos, pues, con conocimiento de causa, que vuestros autores franceses han creado un mundo nuevo; y que no hay cosa mas opuesta á la especie humana, que los heroes y heroínas á su modo.— Mucho temo, señor Cura, que la comparacion no sea favorable á la humanidad.— Puede ser muy bien, señora, y eso lo juzgareis quando estuviereis en el caso de comparar: no quiero decidir una cuestión que puede afli-

gir á un corazon puro como el vuestro.— En caso semejante , el silencio de un hombre que gusta de alabar es una censura. ¡ Plegue á Dios , que nunca tengais repugnancia á hablar de mí ! . . . Pero pues no quereis alabar al género humano , ¿ cómo probareis que las historias que he leído son viciosas , quando nos dan la idea de una raza de hombres superior á la de que está poblado el mundo ?— No es necesario decidir , replicó el Cura , quales son los mas perfectos , si los hombres verdaderos , ó los imaginarios ; pero sí es cierto que los libros deben trabajarse para instruir , y no para encender el fuego de las pasiones violentas , como el amor , y la venganza , que son pasiones que conducen necesariamente á los desórdenes mas grandes . . . Temo , señora , que me ha-

beis, al fin, de graduar de sobradamente serio.— No, señor Cura: vuestros discursos me inspiran veneracion y respeto. Permitidme que os diga, que un hombre como vos se humilla mas de lo que debe, quando llega á creer que no se le escucha con la mayor atencion.— Continuaré, pues, señora, representándoos, que las obras que impugno afeminan y endurecen á un mismo tiempo el corazon; quiero decir, que lo disponen al amor y á la crueldad; que enseñan á las mugeres á exígir venganzas, y á los hombres á executarlas; que dan á las hermosas de vuestro sexó el deseo de ser adoradas, y las hacen insensibles á los sacrificios prohibidos por las leyes divinas y humanas. Cada página de esos libros contiene alabanzas y obediencias, que ningun mortal puede, sin es-

tar loco , dar á otro de su especie. En ellos se ven batallas en que se sacrifican millares de hombres , sin otro objeto que obtener una sonrisa de una altiva belleza , que mira correr la sangre humana con serenos ojos. Es imposible leer tales obras sin estremecerse de horror , ó sin perder aquella ternura , que nos liga con toda nuestra especie. Y si, por haber salido al mundo con un caracter feliz , se preserva el individuo del orgullo , y de la crueldad , es difícil que se preserve de adquirir el arte de entablar manejos ocultos , que es arte muy perjudicial á las buenas costumbres. El amor (mejor que yo lo sabeis , señora , es el unico asunto de las heroínas , y . . . » Sonrojóse Arabella , conociólo el discreto Cura , y dexó de hablar por algunos instantes . . . » Empiezo , continuó di-

ciendo , á advertir que vuestros oídos se ofenden de mi método de discurrir ; no hablaré mas de lo que parece que os afecta , y finalizaré las pruebas que os he ofrecido por otro diferente método.— Es inutil, señor Cura : bastante habeis dicho: siento que mi corazon se rinde á vista de la verdad.... ¡Ay de mí! ¡Cómo no he podido ver yo misma esos quadros que me pintais con tanta naturalidad y valentía! ¡Perdí todo mi tiempo ! Me pesa tanto como me duele , y temo mucho haber estado cerca de los delitos de que me haceis horrorizar.— ¡Pero qué , señora ! exclamó el buen Cura , haciendo un movimiento de espanto : ¡Será dable, que por agradaros , alguno haya quitado la vida!.... » Conmovidisima Arabela, no respondió , y vertió lágrimas. » ¿ Sería posible (vaciló al pregun-

tarlo) que tantas gracias , tanta amenidad y tanta gentileza se hubiesen manchado con sangre?— No seais tan pronto en juzgarme , señor Cura , respondió Arabela , haciendo por reponerse : me estremezco al reflexionar , que , obcecada por un fantasma de gloria , pensé en hacerme delinqüente de ese crimen ; pero , gracias al cielo , mi conciencia está limpia y tranquila sobre este punto. » Quedó el benemerito Cura satisfechísimo de su dichoso éxito ; y creyendo que una conversacion tan larga pedia reposo , se despidió de Arabela , y fué á dar cuenta exácta de lo que habia pasado. El pobre Glanville , enagenado de puro gozo , abrazó muchas veces al discreto Cura , y tuvo ganas de arrojarsele á los pies.

CAPÍTULO XX.

Conclusion de las aventuras de Arabela.

Sumamente alborozado Glanville de ver á su amada Arabela curada de su heroyca locura, ansiaba el hablar, y tratar con ella: quiso ir á visitar al instante; pero la reflexión le dió á conocer que era necesario dexarla meditar sola, é introducir despues á Jorge Belmúr para ponerla en estado de apreciar ella misma sus extravagancias. Arabela ignoraba quanto habia pasado entre Belmúr y Glanville. Presentóse, pues, aquel pálido, confundido, taciturno, y, finalmente, muy diverso de lo que era. Tenia que cumplir lo prometido, y le costaba repugnancia: pre-

cisado , pues , á hacer á su pala-
 bra un sacrificio de su amor pro-
 pio , recurrió á su ingenio para
 dar alguna gracia á su humillacion.
 Confesó todos sus artificios ; con-
 vino , de buena fe , en que le ha-
 bia animado á ellos la facilidad con
 que Arabela acogia las aventuras
 extrañas y novelescas ; y explicó
 muy extensamente la historia de la
 fingida princesa de las Galias. Ara-
 bela , no teniendo que contestarle,
 deseó que la dexáran sola , y estu-
 vo dos horas absorbida en medita-
 ciones desagradables sobre su pa-
 sada conducta ; y así que se hubo
 repuesto y asegurado un poco , en-
 vió á llamar á Glanville , y al Ba-
 ron , y los pidió perdon de quan-
 tas penas les habia causado. » Por
 lo que mira á vos , mi primo que-
 rido , (le dixo , con una ternura
 que tiraba á encubrir su modes-

tia ,) conozco intensamente los favores de que os soy deudora , y el valor intrinseco de quanto por mí habeis hecho. No me atrevo á ofreceros mi mano con mi ignorancia y mis imperfecciones ; pero si, no obstante , no teneis repugnancia en aceptarla , emplearé por obligacion , por cariño y por agradecimiento , quantos medios pudieren hacerme digna de un hombre de merito. ”

La respuesta de Glanville fué tomarla la mano , y besarsela mil veces. El Baron la dió afectuosísimas gracias , y explicó su alegría de un modo muy tierno.

Jorge Belmúr , cogido en sus propias redes , se vió obligado á cumplir la palabra dada á Carlotta y á su padre , y ambos matrimonios se celebraron en breve.

Observamos que Belmúr y Car-

lota se casaron segun la acepcion comun del término , esto es, que unieron sus títulos , sus armas, sus equipages y sus gastos ; pero Glanville y Arabela añadieron á todo esto la virtud , la estimacion y el amor.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE
ESTE TOMO TERCERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. *Justifica la heroína sus conocimientos con exemplos celebérrimos.* Pág. 3
- CAP. II. *Una equivocacion da lugar á otras muchas.* 10
- CAP. III. *Acaecimiento penoso; de que Arabela se consuela con exemplos que le suministran sus novelas heroicas.* . . . 17
- CAP. IV. *Diálogo entre Arabela y Lucía.* 42
- CAP. V. *Conversacion anunciada al conclairse el precedente Capítulo.* 46
- CAP. VI. *Muéstrase nuestra heroína baxo diferentes aspectos.* 50
- CAP. VII. *Siguen las contrapo-*

siciones	57
CAP. VIII. Emplea Glanville, sin éxito, muchos medios para corregir á Arabela de su he- roísmo	64
CAP. IX. Carácter rarísimo, que se presenta en la escena. . .	69
CAP. X. Explicacion de algunas contradicciones que se hallan en el Capítulo precedente. . .	78
CAP. XI. Aventura maravillosí- sima	88
CAP. XII. Nueva aventura. . .	101
CAP. XIII. Historia de la Prin- cesa de las Galias.	106
CAP. XIV. Visita misteriosa. . .	114
CAP. XV. Cosas muy serias, que llevarán al lector á otras mas importantes.	124
CAP. XVI. Incidentes extraordi- narios.	127
CAP. XVII. Explicaciones neces- sarias para la inteligencia de	

<i>los dos Capítulos precedentes.</i>	133
CAP. XVIII. <i>Cortísimo, y muy importante.</i>	139
CAP. XIX. <i>Lo da el Autor por el mejor de la obra.</i>	145
CAP. XX. <i>Conclusion de las aventuras de Arabela.</i>	177

